

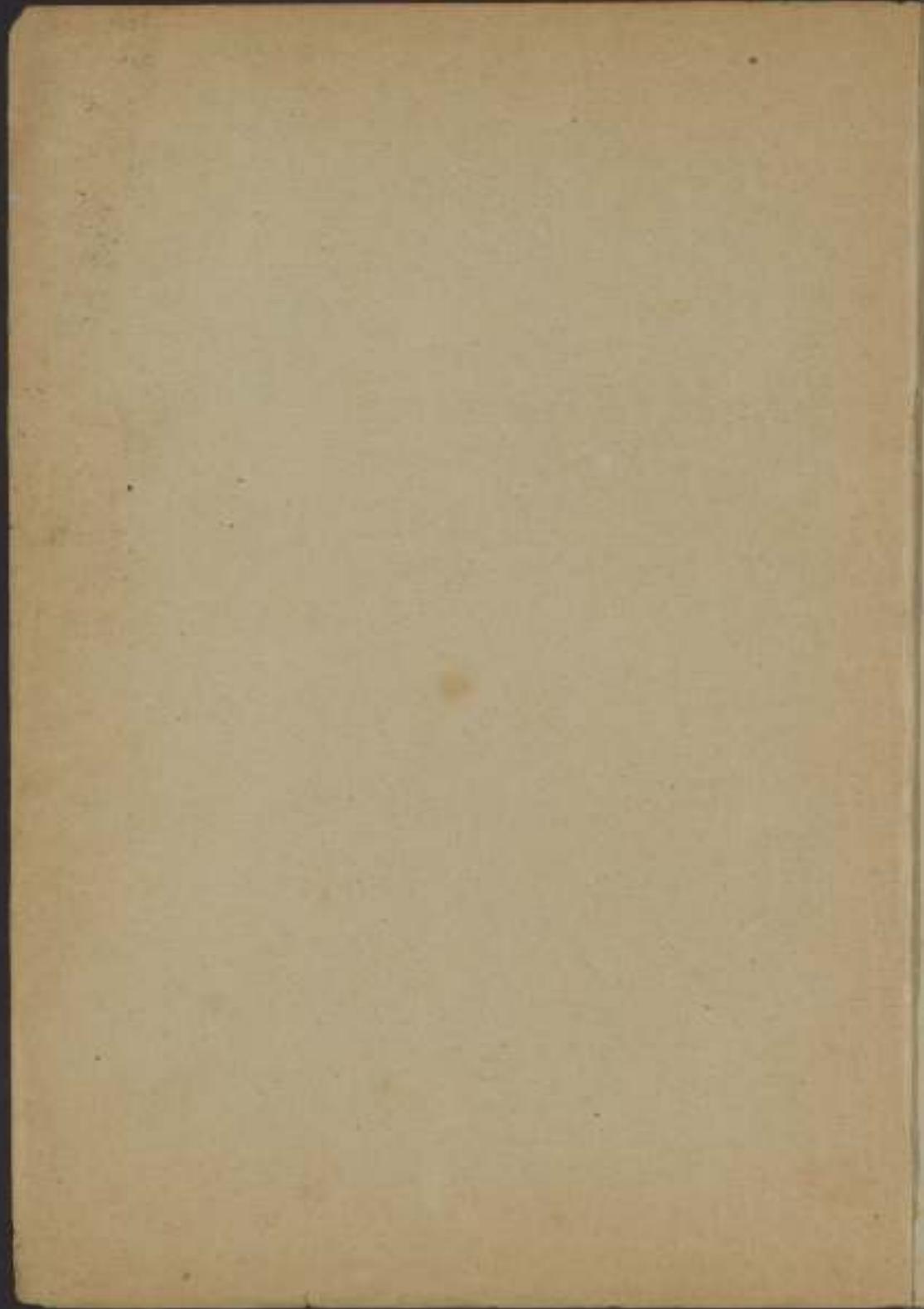
FRANCISCO GARGALLO

eran tres hermanas

LUISITA GARGALLO
MANUEL DE DIEGO

editada en







ERAN TRES
HERMANAS



Reservados los derechos de
reproducción y distribución

IMPRESA COMERCIAL - MAS y SALA, S. L.
Valencia, 234 - Teléfono 70657
BARCELONA

Biblioteca Films Nacional

DIRECTOR PROPIETARIO:

Ramón Sala Verdaguer

EDITORIAL



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Apartado 707 - Teléfono 70657

BARCELONA

AÑO II

Núm. 7

Eran Tres Hermanas

Admirable de concepción, **FRANCISCO GARGALLO**, el autor que tan profundamente sabe pulsar los sentimientos de la multitud, ha dado de nuevo al cine español, una obra en la que el realismo, la intensidad dramática, el amor y el sacrificio, en pugna con la desmedida ambición, causan momentos de una emoción indescriptible, haciendo que cada una de sus escenas aumente en interés, hasta un final lógico y desde luego humano.

SUPERPRODUCCIÓN NACIONAL

EXCLUSIVA PARA TODO EL MUNDO:

JOSÉ BALART

Calle Valencia, 227 - Teléf. 79995 - BARCELONA

Biblioteca Film Nacional

INTERPRETES

Paloma.....	LUISITA GARGALLO
Roberto.....	MANUEL DE DIEGO
Carlota.....	María Bru
Señora Eugenia...	Marta Grau
Marta.....	Carmen López Lagar
Señor Cuenca...	Rafael Arcos
Don Cristobal...	Fernando Vallejo
Teodora.....	Anita Moreno



Autor y Director:

FERRISEO GARGALLO

Operador:

JAIME PIQUER

Música de

BALCELLS PLANAS

ESTUDIOS:

ORPHEA-FILMS

BARCELONA

Novelada por

MANUEL NIETO GALAN

ERAN TRES HERMANAS

ARGUMENTO NOVELADO DE LA PELÍCULA

UN PUESTO DE FLORISTA

UN espléndido día de primavera brillaba el sol en todo su apogeo, y la alegría se reflejaba en todos los rostros con ese optimismo que suele dar siempre el buen tiempo.

Madrid parecía vestido de día de fiesta con aquella belleza de la Naturaleza, y hasta los pájaros parecían cantar con mayor alegría, y las flores despedir su aroma con más fuerza que nunca.

Después de los días crudos del invierno, este primer día de sol y de luz era como un día de fiesta en el cual los cuerpos encontraban otra vez el ansia de vivir y de gozar.

Aprovechando aquella hermosa temperatura, los fieles de la iglesia de San Andrés habían desfilado muy

temprano por el templo, y Paloma veía acabarse sus flores antes de haber podido cumplir todos sus compromisos para con sus clientes.

Era Paloma una chiquilla de unos diecisiete años. Su cara aniñada, sus cabellos rubios peinados en trenzas, y sus ojos azules como el cielo diáfano de aquel día, le daban un aspecto mucho más infantil. Nadie que la hubiera visto vestida con su trajecito corto, el único que tenía la infeliz, sus zapatitos de tacón bajo, que pedían a gritos otros nuevos y su ingenuidad, habría creído que Paloma tuviera más de quince años.

Era la florista más querida de todo el barrio por su bondad, por el buen corazón que tenía y por aquella simpatía de su rostro bonito, que

obligaba a quererla desde el primer instante en que se hablaba con ella.

En su hogar se pasaba toda aquella estrechez de los hogares humildes, pero honrados, y Paloma tenía que trabajar en la venta de flores para poder ayudar a la pesada carga que para ella y los suyos representaba la vida.

Con la conformidad de una buena cristiana y con la humildad del ser que no se cree tener derecho a otra cosa, Paloma seguía firme en su puesto todas las mañanas, sin más compañía que la de sus flores y la que aquel día le hizo don Timoteo Cienfuegos, un vecino suyo, bombero, y que a todo el mundo recomendaba el régimen vegetariano, quién sabe si pensando que de esa forma él podría comer más carne que la que le permitía su escaso jornal.

Don Timo, como le llaman todas sus amistades, al ver a Paloma sola en el puesto se acercó con su hija Manola, el único pariente que tenía, ya que su mujer había pasado a mejor vida, desde hacía años, y a él también lo habían dejado más tranquilo, y le preguntó:

—¿Qué hay, Paloma? ¿Ha visto el nuevo médico a tu madre?

—Sí, señor, gracias a doña Flora —respondió la muchacha—. No sabemos ya cómo pagárselo. Son ya

tres los médicos que la han visto...

El bombero abrió los ojos espantado por aquello de los tres médicos y exclamó:

—¡Tres médicos en ocho días y entavía no la diñao!... Puede decirse que tu madre tiene una naturaleza «incombustible».

—Yo me creó que es que no la atinan la enfermedad —intervino Manola.

—Tu madre no quiere hacerme caso—siguió diciéndole el bombero, sin preocuparse de la intervención de su hija—. No hay más verdad que los vegetales y los emplastos... Yo, como que llevo curao por mis procedimientos a diecisiete vecinos del barrio...

—Eso sí que es verdad—volvió a interrumpir Manola, mientras que Paloma seguía arreglando las flores en los jarros.

—Al señor Pepe, el del estanco —continuó diciendo el bombero— que tenía un enfriamiento crónico, se lo he curao yo tan sólo poniéndole en el costao una capa de tintura de yodo... Pa los enfriamientos, una buena capa.

Por la actitud de don Timo se veía claramente que llevaba trazas de no acabar nunca con sus consejos, y su hija, que sabía bien de qué pie cojeaba su padre, le hizo callar diciéndole:

—Bueno, padre, déjese usted de discos y vamos pa casa, que yo tengo el tiempo justo pa volver al taller. ¿Vienes tú ya, Paloma?

—Todavía espero a algunas de mis parroquianas—respondió sonriendo angelicalmente Paloma.

Don Timo, dejándose llevar por su hija, le dijo a la florista:

—Ya entraré yo luego a veros. Convince a tu madre pa que se deje dar un par de friegas y verás cómo la desaparece el reumatismo... Hasta luego, chica.

—Vaya usted con Dios, señor Cienfuegos.

El bombero al oírse llamar por el apellido se detuvo unos momentos más para decirle, sonriendo irónicamente:

—¡Paradojas que tie la vida! Vamos, que un tío como yo, que es bombero, apellidarse Cienfuegos...

Paloma no pudo menos de reír la ocurrencia del bombero y exclamó:

—Siempre de buen humor.

Manola también al despedirse de su amiga le prometió verla, diciéndole:

—Luego a la noche entraré a que charlemos un rato.

Echaron a andar camino de su casa padre e hija, y apenas si se habían despedido de la florista cuando apareció en el puesto doña Flora.

Era ésta una mujer de unos cuarenta años. En su rostro se reflejaba toda la bondad que contenía su corazón y en sus ojos, al mirar a Paloma, todo el cariño que sentía por aquella angelical criatura, para quien la vida se mostraba con tanto rigor.

Paloma, al verla, no pudo ni quiso disimular su alegría, y se apresuró a atenderla diciéndole:

—Buenos días, doña Flora.

—Hola, Paloma, hija mía—respondió ella cariñosamente— ¿cómo sigue tu madre?

Desapareció la alegría del rostro de la chiquilla al recordar el sufrimiento de aquella otra santa mujer y respondió:

—Algo mejor, gracias. Llevamos una racha más negra...

—No te apures, muchacha—trató de animarla doña Flora—, que os tengo yo preparada una sorpresa que puede que os saque de apuros de una vez, que bien lo merecéis.

Paloma bajó los ojos para evitar que doña Flora pudiese ver una lágrima que estaba a punto de resbalar por sus lindas mejillas, y respondió suspirando con tristeza:

—Ya sabe usted cómo vivimos: con lo poquito que yo gano y matándose a trabajar mi madre, que está pa cuidarse y no pa esos trotes...

Doña Flora acarició maternalmente a la muchacha y volvió a animarla diciendo:

—Ya te digo que todo se arreglará... Después iré a veros.

Paloma ante tanta seguridad que parecía darle doña Flora sintió, como es natural, el deseo de poder disfrutar cuanto antes de aquella buena nueva y le preguntó:

—¿No podría decirme de qué se trata? Ya sabe usted lo curiosas que somos las mujeres.

Doña Flora sonrió, y dándole un cariñoso golpecito en la mejilla se despidió diciéndole:

—Después, chiquilla, después.

Paloma quedó sola unos minutos, entreteniéndose con sus flores, hasta que por dos sitios distintos y al mismo tiempo, llegaron dos jóvenes, de casi la misma edad que ella.

Uno de ellos era Roberto. El hermano de Paloma, o mejor dicho, a quien todos creían hermano de Paloma. Era hijo de la buena mujer que había recogido a la niña cuando quedó huérfana y sin amparo de nadie, y a quien ella quería y llamaba madre, como si en efecto lo fuera.

Roberto era un buen tipo de muchacho, físicamente y moralmente era honrado a carta cabal y con un buen corazón que no le cabía en el pecho. Se había criado junto con

Paloma, y de los juegos de niños habían pasado a los juegos del corazón, y toda su vida no tenía más objeto que amar a Paloma y adorar a su madre.

Desde hacía unas semanas se hallaba sin trabajo, y por más que luchaba con la suerte para encontrarlo, ésta se le había vuelto de espaldas y no encontraba donde poder emplear sus energías para llevar una ayuda a su casa. Aun cuando no era culpa suya aquella situación, como hombre honrado y trabajador sufría horriblemente al ver que tenía que ser Paloma la que con su escasa ganancia en la venta de flores la que ayudase al mantenimiento del hogar.

Iba a acercarse a ella cuando vió al otro joven que se acercaba, y con cara de mal humor se sentó en el banquillo de Paloma, esperando que el otro se fuese. Este se acercó al puesto, tomó un ramito de flores y después de envolverlo en un papel, para no humedecerse las manos, preguntó:

—¿Cuánto es?

—Una cincuenta, señor—respondió Paloma.

El comprador entregó el importe a Paloma, que no quitaba la vista de Roberto, y en cuanto quedaron solos el muchacho se acercó a ella exclamando dolorido:

—Cada día me disgusta más que tengas que hacer este trabajo, Paloma.

La muchacha sonrió cariñosamente y no dándole importancia a lo que hacía le respondió:

—¡Qué tonto eres, Roberto! Mis clientes son todos muy buenos... Aquí está la señorita Marta... Espera.

Roberto se apartó un poco del puesto para dejar acercarse a la nueva cliente quien, cariñosamente, saludó a la florista diciéndole:

—Hola, Paloma; vengo a decirte que esta tarde es muy probable que cuando vayas a mi casa a dar la lección de piano no me encuentres... pero tú empieza a estudiar, porque haré todo lo posible para llegar cuanto antes...

Marta era una mujer de unos cuarenta años, también. No había tenido la suerte de que nadie se fijara en ella, o bien ella no había encontrado a ese hombre que creía predestinado para llevarla al altar. Lo cierto es que era lo que suele llamarse una cuarentona.

Lo raro en ella era, que a pesar de esto, tenía un genio encantador. Esa agriedad de carácter que suelen tener casi todas las mujeres a su edad, cuando no han podido casarse, no se manifestaba en ella. Y tal vez fuese por la simpatía de Pa-

loma, o bien por ese instinto maternal que toda mujer siente, aun siendo soltera y no haber conocido el goce de la maternidad, lo cierto era que quería a Paloma como si fuera una hija suya. Había algo en aquella chiquilla que la atraía dulcemente y la ligaba a su amistad con unos lazos ircomprensibles de ternura.

Ante la perspectiva de no poder dar la lección aquella tarde, Paloma exclamó:

—¡Cuánto lo siento! No sé por qué me parece que sus hermanas de usted, doña Teodora y doña Carlota, me tienen alguna antipatía.

—No te hagas caso—le dijo doña Marta sonriendo—. Es su temperamento... un poco gruñonas, pero en el fondo son buenas... Además, yo te autorizo para que vayas y no debes tener ningún reparo.

—Nunca podré pagarle lo que hace usted por mí, señorita Marta—le dijo Paloma, casi con lágrimas en los ojos, que la buena señora trató de impedir diciéndole:

—¡Qué chiquilla!... Bueno, hasta luego.

—Vaya usted con Dios, señorita Marta—la despidió también la florista.

Roberto, que había escuchado toda la conversación, se acercó de nuevo a Paloma y le dijo, contem-

plando a doña Marta que se alegraba:

—Parece muy buena esta señora, ¿verdad?

—Es muy cariñosa y me quiere mucho—respondió satisfecha Paloma—. Cuando se enteró que tenía afición a la música se empeñó en darme lecciones... Ya ves la molestia que la doy cada día y cada vez está más cariñosa conmigo... Yo le regalo de vez en cuando algún ramito de flores... ¡porque se lo agradezco tanto!

—Oye, ¿y qué es lo que te pasa

con sus hermanas?... ¿No son como ella?

—¡Qué va!—exclamó Paloma—. Son unas señoras muy serias y muy secas. La más vieja hasta se afeita la barba... Cuando estoy en medio de ellas parece que me lleva la Guardia civil...

Roberto sonrió de aquella suposición de Paloma, y los dos jóvenes se quedaron hablando amigablemente, esperando que llegase el momento de recoger las flores y marchar a su casa.

T R E S H E R M A N A S

TAL y como había dicho Paloma, las otras dos hermanas se diferenciaban mucho de Marta. El carácter de aquellas dos era completamente opuesto al de la última de ellas y criticaban incluso los paseos que daba su hermana y aquella lección de piano a una golfilla, como ellas decían.

Carlota, que era la mayor y que era la que decía Paloma que se afilaba la barba, parecía una verdadera rival de Satanás. Su soltería le había dejado un mal carácter que poco a poco se fué convirtiendo en malos sentimientos y le parecía, por el odio que sentía a toda ella, que la Humanidad entera tenía la culpa de no haber encontrado a un hombre que se fijase en ella.

Hacía víctima de su carácter a sus hermanas y en aquella casa se había convertido en dueña y señora y no se hacía más que lo que a ella le daba la gana.

Su otra hermana, Teodora, tampoco se diferenciaba mucho de la mayor, y ambas hermanas vivían recluidas en su casa, como dos verdaderas brujas que temiesen ser vistas a la luz del día.

Habían vivido con verdadera abundancia años atrás, de la cual daba fe el mobiliario señorial de su casa. Pero los tiempos habían ido empeorándose y como poco a poco habían ido tirándole pellizcos al capital que heredaran de sus padres, en la actualidad tan solamente tenían para poder vivir decentemente.

Fueron cinco hermanas. Una de

ellas se enamoró de un célebre músico, el cual la dejó poco después y murió sin conseguir el perdón de sus hermanas, ni conseguir tampoco que se hicieran cargo de aquella inocente criatura, fruto de un amor sincero y que quedaba abandonada con su muerte.

Cuantas veces imploró a sus tres hermanas, porque Marta fué la única que trató de defenderla, aun cuando se estrelló contra la terquedad de Carlota y de Teodora, todo fué inútil. Y a los pocos días de nacer la niña, encontró el descanso eterno, sin el consuelo de saber que su hija sería cuidada y que tendrían unas tías que harían por ella las veces de madre.

Pasados unos años, otra de las hermanas murió también. En sus últimos momentos sufrió el arrepentimiento de su falta de caridad para con la infeliz hermana muerta y sobre todo para aquella chiquilla a quien ninguna de ellas conocían y que llevando su misma sangre, tal vez correría por esos mundos de Dios sin haber conocido nunca la caricia de una mano amiga.

Antes de morir había dejado hecho su testamento, y sus hermanas Carlota y Teodora esperaban que se cumpliera el plazo fijado para la lectura de aquel testamento, donde indudablemente, pensaban, que las

nombraría herederas de todo cuanto tenía.

Y mientras que llegaba ese día, las dos viejas arpías no hacían otra cosa que molestar a todos cuantos tenían la desgracia de estar al lado de ellas y sobre todo a Marta, por aquel afecto que demostraba hacia Paloma.

El mismo día que empieza nuestra narración se hallaba Carlota sentada en el interior de la cocina, preparando la comida, al mismo tiempo que su hermana Teodora se ocupaba de ir la depilando con unas pinzas. Eran tantos los tirones que ya había aguantado, que Carlota la apartó de un manotón diciéndole:

—No me arranques más pelos que me estás desollando... ¡Condenada!

—¡No grites, mujer!—exclamó su hermana—. No ha sido mi intención hacerte daño.

—Hoy tengo un humor de todos los diablos y lo pagaré con el primero que se presente — exclamó Carlota quitándose el delantal que dejó sobre la mesa de la cocina—. Parece que os habéis olvidado que soy la hermana mayor y la que debo imponer mi voluntad.

A medida que hablaba se iba ella misma encolerizando, hasta el punto que su hermana le llamó la atención diciéndole:

—¡Carlota, por Dios, no te alteres!

Y como había dicho que tenía que pagarla con alguien, en seguida se le vino a la memoria el recuerdo de Paloma, lo cual la hizo exclamar:

—¿A qué vendrá la protección de Marta a esa golfilla que vende flores a la puerta de la iglesia?... ¡Y la estúpida de nuestra hermana enseñándola a tocar el piano!...

Teodora miró recelosamente hacia la puerta, no fuera a entrar su otra hermana, y acercándose a Carlota le confesó:

—¿Si supieras que ayer le regalé medio frasco de almendras?

Carlota sintió que estaba a punto de darle una congestión. Miró a su hermana como si no pudiera dar crédito a sus palabras y preguntó:

—¿Qué dices?... ¿Es posible?

—¡Y tan posible!... Yo oí que le decía: «Guárdatelas y que no te las vea mi hermana Carlota, que como tiene ese genio...»

—Lo que yo tengo —respondió Carlota— es un genio dulce y apacible, y de eso abusáis... pero la intromisión de esa chiquilla pobretana y antipática en esta casa acaba hoy mismo... ¡Hoy mismo!... Porque tengo una idea. Tú déjame a mí...

Teodora que conocía de sobras a

su hermana, temió por lo que pudiera ocurrir y le hizo reflexionar diciéndola:

—No vayas a disgustar a Marta...

Aquello volvió a exasperar nuevamente a Carlota. No quería ni permitía que nadie en su casa pensase en otra persona que no fuera ella, y por lo mismo se encaró con su hermana diciéndole:

—¡Claro! ¡Que no se disguste ella!... Que me disguste yo y me lleve un berrinche cada cinco minutos, eso no tiene importancia... ¡A mí que me parta un rayo!

Teodora intentó calmarla y cuando ya lo hubo conseguido algo le dijo:

—No te alteres y dime cuál es tu plan.

Carlota sonrió satánicamente. Hizo jugar sus ojillos diabólicos y exclamó:

—Yo he maquinado una cosa admirable para deshacernos de esa chiquilla... Ya verás...

En aquel instante se oyó el timbre de la puerta y Carlota, adivinando quién podía ser, hizo callar a su hermana diciéndole:

—¡Silencio, que acaba de llegar Marta.

En efecto, era Marta, que al no ver a sus hermanas en el salón, se

fué a buscarlas a la cocina y las saludó diciéndoles:

—Hola, queridas hermanas.

—¡Sin lagoteria y sin vaselina!
—respondió de mal humor, como siempre, Carlota—. Que tú tienes palabras dulces, pero no respetas a tu hermana mayor como debes.

Marta sin hacer caso de su hermana, la miró compasivamente y le respondió:

—¡Qué mal carácter tienes, Carlota?... ¡Siempre estás igual! Lo mejor es no hacerte caso.

—¡Claro! — exclamó aguantándose a duras penas—. No hacerme caso, como a una loca. Abusáis de que me callo a todo...

Marta que no comprendía la actitud de su hermana, le preguntó aunque no muy extrañada:

—¿Se puede saber a qué viene ahora ese furor?

Carlota, sin contestar a la pregunta, le echó en cara su acción del día anterior y le dijo:

—Ya sé que le diste ayer las almendras a la florista y... «que no se enteré mi hermana, que es una hiena».

Marta miró a Teodora, segura de que había sido ésta la que había ido con el cuento, y al fin, sin darle importancia al hecho, respondió:

—No creo que vayamos a arruinarlo por eso, Paloma es un alma

de Dios; en su casa son pobres, tiene a su madre enferma y ella lo merece todo porque es buena. ¡Con la ilusión que recibe mis lecciones de piano!... ¿No sé por qué le habéis tomado tanta tirria a la chiquilla?

Carlota estaba a punto de estallar al oír a su hermana alabar de aquella forma a Paloma, y con toda la ironía de que era capaz su alma mezquina le respondió:

—Tráetela a vivir aquí, ya le llevaré yo el desayuno a la cama y arreglaré la habitación de la niña y me convertiré en su azafata... ¡Hum!... ¡Qué casa!... ¡Qué casa!

En aquel momento su hermana Teodora volvió a arrancarle un pelo de la barba y Carlota de un manotón la quitó de delante de ella al mismo tiempo que daba un grito de dolor y salía de la cocina, dejando a sus otras dos hermanas.

Teodora como era la personificación de la hipocresía, apenas si se atrevió a levantar la vista del suelo, temiendo que Marta le echase en cara el haber ido con el cuento de las almendras a Carlota. Pero se equivocaba. Marta tenía una altura de sentimientos muy por encima al de sus hermanas y la dejó también sola para irse a su cuarto sin pensar más en la discusión aquella.

LA AYUDA DE DOÑA FLORENCIA

COMO había prometido don Timoteo, aquella tarde, mientras Paloma estaba en casa de doña Marta dando su lección de piano, él había ido a visitarla y trataba de convencerla de sus medios curativos diciéndole:

—Que usted no tiene nada, señora Eugenia, sino falta de vitaminas vegetales.

—Es la debilidad que se ha apoderado de ella—exclamó Roberto.—¡Si yo pudiera ganar para darle a mi madre lo que necesita.

Eugenia miró agradecida a su hijo. En medio de su desgracia tenía la felicidad de que aquellos dos muchachos le pagaban con creces todo cuanto por ellos había hecho, y en el rostro bondadoso de Euge-

nia se advertía esta íntima satisfacción.

—No te atormentes, hijo mío—le dijo la pobre mujer—; yo no tengo nada. Hoy me encuentro mejor.

—Pero, si no es cuestión de alimentos—volvió a insistir don Timo—; es cuestión de régimen. El ser humano con tres ajos, dos cebollas y una escarola está debidamente alimentado...

—Pues ayer usted se comió un cuarto de cordero, que me lo dijo su chica—respondió Roberto.

Don Timo al verse descubierto no supo cómo disimular, pero pronto encontró una excusa y exclamó:

—Eso es una promesa. Le prometí a San Lorenzo, que es el patrón de los bomberos, que si me sacaba con bien del último simies-

tro, haría el sacrificio de comer cordero los jueves.

Roberto sonrió ante la ingenuidad de la excusa y solamente comentó:

—Ya está usted bueno, don Timo...

Este siguió con la misma monserga de siempre, diciéndole a la enferma:

—Su vida ha de ser vegetariana y la medicina sintética: señá Eugenia.

—¿De dónde saca usted todas esas palabras?—le preguntó Eugenia, que no sabía lo que quería decir sintética.

El bombero sonrió complacido ante la ignorancia de la señora Eugenia y respondió ufano:

—Ya sabe usted que yo tengo dos años de farmacia y tres de latín.

Roberto no hacía caso a lo que estaba diciendo el bombero y al ver que su madre no se terminaba la taza de caldo que le estaba dando, insistió cariñosamente diciéndole:

—Acábase usted el caldo, madre; si era muy poco. Si no lo toma usted se enfadará Paloma cuando venga.

—¡Paloma!—comentó el bombero filosóficamente—. Ese sí que es una joya. No se parece a mi chica,

que me está resultando un poco frívola.

—No se meta usted con la chica, que el único frívolo de su casa es usted—le respondió intencionalmente la señora Eugenia.

Sonó el timbre de la puerta y la señora Eugenia, volviéndose a su hijo, le rogó:

—Abre, Roberto, que han llamado.

El muchacho fué a cumplir la orden de su madre y segundos después apareció acompañado de doña Florencia, que entró saludando y preguntándole a Eugenia:

—¿Qué, cómo van esos ánimos?

—Regular nada más, doña Flora—respondió la buena mujer—. Dale una silla, Roberto.

Se apresuró el muchacho a ofrecerle asiento, y don Timo, que comprendió que allí sobraba uno y que ése era él, se despidió de sus vecinos diciéndoles:

—Yo les dejo a ustedes, que me voy a ver mis enfermos. El señor Tachuelas, el portero, que tiene el pobre un padecimiento de hígado y le ha dado esta madrugada un cólico «patético».

Roberto aprovechó también la llegada de doña Flora para decirle a su madre:

—Mientras doña Flora está aquí, madre, yo me llevo a la farmacia.

—Sí, hijo, sí — exclamó suspirando la señora Eugenia—, y vuelve pronto... ¡Dichosas medicinas!

Doña Flora abrió el bolso y entregó a Roberto un billete de cinco duros que éste rechazó agradecido diciéndole:

—No, gracias... si llevo dinero.

—Toma, si no quieres que me enfade. Ese dinero lo guardas para otra cosa, que buena falta os hará...

—Siempre abusando de su buen corazón, doña Flora—respondió Roberto tomando el billete que le daba— Si yo encontrara trabajo...

—Ya lo encontrarás, hombre, que ya sabes que yo me ocupo de vosotros.

Cuando minutos después las dos mujeres quedaron a solas, Eugenia cogió una mano de doña Flora y le dijo conmovida por la emoción:

—¡Cuánto tenemos que agradecerle, doña Flora!

—No hablemos más de eso—respondió la buena señora, sin querer dar importancia al interés que se tomaba por aquella familia— Dios le da el dinero a unos, no para que lo guarden y lo disfruten sólo ellos, sino para que ayuden a los que no lo tienen... Bueno, y ahora vamos a hablar de un asunto muy importante que puede ser de momento la salvación de esta casa.

—Usted dirá.

—Un antiguo amigo de mi marido ha llegado de América. Es viudo y sin hijos. Es un hombre bueno, religioso y puede llegar a ser rico. Quiere vivir en una casa de familia, en una casa modesta, y yo he pensado en ustedes.

—Por Dios, doña Flora — exclamó medio asutada Eugenia—; si usted sabe cómo vivimos.

—Con lo que él les pague, que no será ninguna mezquindad, porque es hombre espléndido, pueden resolver de momento su vida... Después, Dios dirá.

A pesar de tantas facilidades, la señora Eugenia no se atrevía a aceptar el ofrecimiento de aquel huésped y le respondió a doña Flora:

—Déjeme que lo piense y que hable con los chicos antes de contestarle.

—No es necesario, señora Eugenia... Cuando yo se lo indico, sabiendo el interés que yo tengo por ustedes...

La señora Eugenia no tuvo más remedio que acceder. ¿Qué podría ella negarle a aquella mujer que era el hada providencial de su casa?...

Y en vista de su insistencia respondió:

—Doña Flora, son tantas las muestras de afecto que estamos recibiendo de usted, es tanto lo que tenemos que agradecerle que, hoy,

que estamos solas, voy a hacerle una confidencia... Se trata de Paloma, para usted no debo guardar más tiempo este secreto.

—Puede usted contar con mi discreción—respondió a su vez doña Flora, acercando la silla a la de la enferma.

—Paloma no es hija mía—le confesó Eugenia.

—Entonces... ¿sus padres?

—Es huérfana. Su madre, de muy buena familia, se casó contra la voluntad de los suyos con un músico, un bohemio que la abandonó a poco de casarse con ella. De aquel matrimonio nació Paloma... A mi me entregaron la niña para criarla. Al marido no llegué a conocerle. El dolor y la miseria acabaron con la vida de aquella pobre mártir, que no llegó a obtener ni el perdón ni el apoyo de los suyos. La familia de aquella pobre mujer, egoístas y rencorosos, permitieron que aquel angelito ingresara en el hospicio.

—Hay gente que no tiene corazón—comentó doña Flora.

—Cuando mi marido consiguió un buen empleo, yo realicé la mayor ilusión de mi vida, saqué la niña del hospicio y la prohijamos. Yo hubiera querido hacer de Paloma una señorita, pero vinieron tiempos malos, enviudé y es ella hoy la

que tiene que ayudarnos a nosotros. Es tan buena... tan buena...

—¿Y Roberto sabe que no es su hermana?

—Sí — respondió la madre del muchacho —, y aquel cariño que como hermanos empezó, se ha ido convirtiendo poco a poco en otro cariño... Si mi Roberto trabajara... Si tuviera un poco de suerte...

—A lo mejor don Cristóbal que está muy bien relacionado, encuentra algo para su hijo—le dijo Flora.

—¿Don Cristóbal?—preguntó la señora Eugenia sin saber a quién se refería su protectora.

—Sí, don Cristóbal. El huésped de quien le acabo de hablar. Es hombre influyente. Decídase usted, que quien sabe si con su entrada en esta casa puede llegar el bienestar y la felicidad.

La señora Eugenia estaba decidida. Se lo pedía doña Flora y no había que hablar más de ello.

Y mientras las dos mujeres hablaban del nuevo huésped, como cosa ya hecha, Paloma, inconscientemente, hacia pasar a Carlota y Teodora el rato más amargo de sus respectivas vidas.

Cuando Paloma llamó a la casa de doña Marta, ésta no estaba en ella y salió a abrirla Carlota, quien con fingido cariño la recibió mientras que la chiquilla preguntaba:

—¿No está la señorita Marta?

—No, ha salido.

—Es que me dijo que la esperara, que vendría lo antes posible.

—Está bien, pasa — respondió Carlota, dejándole el paso libre.

—¿Puedo pasar a la salita de música?—preguntó otra vez, con cierto temor, Paloma.

—Sí, hija, sí—le dijo Carlota, quien interiormente pensaba que aquel sería el último día que iría a aquella casa.

Paloma entró a la salita donde se hallaba el piano en el que ella aprendía, y antes de entrar dejó el cesto de las flores que llevaba en el recibidor.

Cuando Carlota quedó sola, cogió una figurita que había sobre un pedestal y la escondió maliciosamente en el cesto de las flores de la muchacha. Una vez hecho esto fué en busca de su hermana Teodora, que le preguntó:

—¿Quién era?

—Esa golfilla — respondió despectivamente Carlota—; pero hoy será el último día que pone los pies en esta casa, pues ¡no faltaba más! ¡Esto se ha terminado, Teodora!... ¡Se ha ter-mi-na-do!

—¿Qué es lo que has hecho?

Con una expresión verdaderamente maligna Carlota le contestó:

—He metido en su cesto de flo-

res aquella figura de porcelana que hay en el recibidor.

Teodora cuya maldad aun no llegaba a comprender toda la de su hermana, exclamó:

—Luego te quejarás de si Marta le da las almendras, y tú le haces mejores regalos.

Carlota le miró entre compasiva y despectivamente, y exclamó:

—¡Que desgraciada eres!... Escucha... Cuando se vaya a marchar le registraremos la cesta, le encontraremos la figurita y la echaremos por ladrona.

Teodora se la quedó mirando asustada y por fin no pudo menos que expresar su miedo diciéndole:

—A veces me das miedo, Carlota... ¡Eres el mismo demonio!

Pero la hermana mayor, sin molestarse por aquella alusión de su hermana, siguió confiándole todo lo que pensaba hacer y diciéndole:

—Le amenazaré con denunciarla a la policía, luego intervienes tú en favor de ella, yo haré ver que me apiado y la perdonaré a condición de que no vuelva a presentarse en esta casa... ¿comprendes ahora?

Teodora había comprendido por completo toda la trama que había ideado su hermana, y en vez de oponerse a ella se prestó, encantada, a seguirla, sin pensar en el do-

lor que iban a causar a la desgraciada niña con aquella acusación.

Paloma, entre tanto, inocente a todo lo que contra ella se tramaba, seguía tocando en el piano la lección que aquella tarde debía dar, hasta que de pronto se fijó en una imagen de la Virgen de la Esperanza que se encontraba en un mueble junto al piano.

Vió que los dos jarrones que tenía junto a ella estaban vacíos y se le ocurrió la idea de hacer un regalo a su amiga poniéndole unas flores a la Virgen. Se levantó de su asiento y fué a buscar la cesta que había dejado en el recibidor. Sacó de ella un ramo de claveles y al hacerlo descubrió la figura de porcelana que había metido Carlota. Miró a todas partes, y al ver el pedestal vacío creyó de buena fe que se había caído de él y la volvió a colocar en su sitio.

Esperó aún unos minutos más, y viendo que no llegaba doña Marta, salió al saloncito para marcharse y decirles a las otras dos hermanas que no podía esperar más. Antes de entrar llamó tímidamente a la puerta y preguntó:

—¿Se puede pasar?

—Pasa, hija, pasa — respondió con un tono de extremada amabilidad Carlota.

—Me voy a marchar—les dijo

Paloma— La señorita Marta tarda mucho y yo tengo que hacer.

Carlota extremando su amabilidad como nunca lo había hecho, aún tuvo la osadía de decirle:

—Por nosotras no lo hagas. Ya ves, te tenemos toda la confianza.

Entonces fué Teodora la que, fingiendo admirar los claveles que llevaba en la cesta, le dijo:

—¿Qué claveles tan bonitos?

—¿Quiere usted uno, señorita Teodora?—preguntó ingenuamente la muchacha.

—Muchas gracias—respondió la taimada—; pero déjame que lo elija yo misma.

Las dos hermanas empezaron a buscar ávidamente dentro del cesto, y su sorpresa no fué pequeña cuando se dieron cuenta de que dentro del cesto no estaba la figurita que Carlota había metido.

Al fin volvió la muchacha a apoderarse de la cesta y, acompañada de las dos hermanas, llegó hasta el recibidor, donde estaba la figura otra vez colocada en su sitio, y allí Paloma se despidió de nuevo diciéndoles:

—Den muchos recuerdos a la señorita Marta.

Carlota que no apartaba la vista de la figura no pudo contenerse y exclamó en voz alta:

—¿Qué cosa más rara?

—¿Cosa rara?—preguntó la niña
¿Por qué? Yo a la señorita Marta
la aprecio muchísimo... bueno, y
a ustedes también.

—Sí... sí—respondió con conten-
nida ira Carlota—. Es muy simpá-
tica.

Paloma en cuya inocencia no ca-
bia malicia alguna de ningún géne-
ro, ni siquiera sospechó en la iron-
nia de la hermana de su amiga y
continuó diciéndoles:

—Ahora estaré unos días sin ve-
nir. Tengo que cuidar a mi madre;
que la pobre está enferma... Bue-
no, hasta la vista.

—Adiós — respondió secamente
Carlota.

Un rato después de haberse mar-
chado, entró Marta, y al ver a su
Virgen adornada con aquellas flo-
res, preguntó a sus hermanas:

—¿Unos claveles adornando mi
Virgen? ¿Quién los ha puesto?...

—¿Quién quieres que sea? —
preguntó sin poderse contener Car-
lota—. Tu florista, que es una la-
gotera y una hipócrita.

—Es una chiquilla encantadora
—respondió Marta.

—Basta que yo no pueda verla
para que tú nos la hagas tragar—
respondió Carlota—. Abusáis todos
de la docilidad de mi carácter.

—Tiene razón Carlota—intervi-

no Teodora—. Esa chiquilla es muy
entrometida.

Carlota miró a su hermana con
aire de reto. Ella no necesitaba que
nadie le diese la razón para estar
convencida de que la tenía, y por
lo mismo exclamó:

—Yo tengo razón siempre, aun-
que siempre se me lleve la contra-
ria... Tú la proteges demasiado.

—¡Demasiado! — volvió a decir
Teodora, que no pensaba más que
lo que pensaba su hermana mayor,
pues a ella le faltaba hasta ese po-
quito de talento para discurrir por
ella misma.

—Y lo que tenemos lo necesita-
mos para nosotras, dada la difícil
situación porque atravesamos des-
de que murió nuestra hermana So-
vera... Veremos cuando se abra el
testamento si se ha acordado de
nosotras...

—¿Por qué no?—preguntó Már-
ta, a quien aquella herencia no le
había llamado nunca la atención—.
Tú has creído siempre que los bie-
nes de nuestra hermana y los de
su difunto esposo nos los dejaría a
nosotras por partes iguales.

—Eso pensaba yo hasta ayer—
respondió Carlota.

Y ante la mirada de extrañeza
de Marta intervino Teodora pregun-
tándole a su hermana mayor:

—¿Se lo digo?... Es que has de saber que Carlota ha consultado con las cartas.

—Y me ha salido un nueve de copas que quiere decir desengaño —exclamó Carlota—; pero antes salió el tres de oro que significa herencia y después el as de bastos, que quiere decir que recibiremos un golpe.

Marta se echó a reír ante aquellos presentimientos de su hermana y no pudo menos que responder:

—No te curarás nunca de esas manías.

Carlota la miró muy seria. Ella no dudaba nunca de la veracidad de las cartas. Creía a ciegas cuanto le decían y respondió ofendida por aquellas palabras de su hermana:

—¡Las cartas nunca me han engañado!

—Déjate de tonterías—volvió a decirle su hermana—. Ya veréis como mañana en casa del notario se acabarán nuestras preocupaciones.

Paloma, aquella tarde, de casa de doña Marta se fué directamente al puesto de flores, y al poco tiempo de haber llegado a él se presentó un muchacho que la saludó galantemente:

—¡Hola, preciosidad! Un ramito de rosas escogidas. Es para una novia que tengo que es mi ruina;

entre flores para ella y caramelos para su madre estoy perdido.

—Es que una novia bien se lo merece—respondió Paloma, mientras le arreglaba el ramo.

—Ella sí — afirmó el poven—; pero lo que es su madre... Ayer le llevé unas peladillas muy gordas, a ver si tenía la suerte de que se ahogase... Usted también tendrá novio...

—Y guapo y formal y buen chico—respondió con orgullo Paloma.

—Déle la enhorabuena de mi parte, porque es usted una muchacha que para la circulación de bonita que es.

Paloma que había terminado de hacer el ramo, se lo entregó al parroquiano diciéndole:

—Ahí va el ramo.

—¿Qué le debo?

—Cinco pesetas.

—¡Mi ruina!—exclamó poniendo los ojos en blanco—. Ahí tiene usted, guapa.

Paloma divisó a lo lejos a su novio que llegaba y le sonrió alegremente, al mismo tiempo que el parroquiano iba a despedirse de ella, sin duda dedicándole algún nuevo requiebro, mas al ver a Roberto y más que nada el talante que éste traía, creyó que lo mejor era marcharse y se alejó de allí, guardándose el pipopo para mejor ocasión.

Roberto le siguió con la vista hasta que la muchacha lo hizo volverse hacia ella, preguntándole:

—¿Qué te pasa que vienes tan serio?

—Que me he tenido que esperar en la esquina a que se terminara el idilio.

—Es un buen parroquiano que me compra todos los días flores para su novia.

—¿Y que te da una hora de palique.

—No, a veces dos. Hay que tener contenta a la parroquia. Me preguntaba si tenía novio.

—Para ocupar la plaza si estaba vacante... ¿Y tú qué le has contestado?

Paloma quiso gastarle una broma y le respondió:

—¿Qué le iba a decir? Que no. Roberto se sintió ofendido en lo más profundo de su ser y exclamó dolorido:

—Claro, te avergüenzas de mí. Te gustan más los señoritos...

—Roberto... ¡qué tonto eres!

—Cuando yo trabaje — siguió diciendo él—, cuando yo tenga un porvenir que ofrecerte, se acabaron los zánganos y se terminará la venta de flores.

Paloma se sentó junto a él y continuó leyendo una novelita que le

habían regalado. Roberto al ver que no le escuchaba, le quitó el libro de las manos diciéndole casi enfurecido:

—Cuando yo hablo se me escucha.

Leyó el título de la novela, que era «La novela de una florista», y la preguntó:

—¿De dónde has sacado esto?

—Me la regaló una parroquiana. Chico, es preciosa. Se trata de una florista muy pobre que entre su parroquia tiene una señora millonaria y un conde que le compra flores y se enamora de ella.

—¿De la millonaria?

—No, hombre, no. De la florista. La familia del conde, como que la chica es pobre, se opone a que se case, pero un día la millonaria, que no tiene hijos, adopta a la florista...

—¡Bah, cosas de novelas!— exclamó despectivo Roberto.

Pero ella sin hacerle caso continuó diciéndole:

—Y el conde se encuentra un día con la florista en el baile de una Embajada, y... he llegado hasta aquí, pero ya me imagino el desenlace. Que se reanuda el idilio, que se casan y que son felices.

—Voy a explicarte yo el final para que no pierdas el tiempo le-

yendo tonterías. Pues no, señora, no se casan...

—Las novelas acaban siempre bien, casándose la protagonista.

—Claro que terminan casándose, pero no con el conde que buscaba su fortuna, sino con un novio que ella tenía antes, que era pobre, pero que la quería de veras.

Y ante la mirada de extrañeza de Paloma, rompió la novela en cua-

tro pedazos, diciéndole mientras la rompía:

—Y colorín colorao, como te encuentres otra novelita de estas, te la has cargao...

Paloma hizo un mohín de disgusto, pero pronto aquella nubecilla pasó el espacio y quedó otra vez el cielo de aquellos puros amores limpio y claro, y sus almitas inocentes soñaron juntos con aquel porvenir que tanto anhelaban los dos.

LA LECTURA DEL TESTAMENTO

Al día siguiente, don Cristóbal, el huésped que con tanto interés había recomendado doña Flora, se hallaba en casa de ésta hablando en el despacho con su marido, a quien ponía al corriente de lo que había sido su vida durante los años que no se habían visto, y terminó diciéndole:

—Te aseguro, Casimiro, que en aquella época me habría peleado con el que me hubiese dicho que el dinero no constituía la total felicidad, pero hoy me he convencido de que el dinero no sirve para nada...

—Pues dáselo a los que no lo tienen y verás cómo no son de tu misma opinión...

Se oyó ruido en la antesala y

don Casimiro cambió la conversación diciéndole a su amigo:

—Ya está aquí mi mujer.

Efectivamente entró doña Flora, y al ver la cara de ansiedad que ponía don Cristóbal le dijo alegremente:

—Bueno, don Cristóbal, alegre usted esa cara que le traigo una buena noticia.

—¿La vió usted?—preguntó con ansiedad.

—Ya tiene usted su asunto arreglado. Mañana le presentaré a usted a la señora Eugenia, y mañana mismo puede usted quedarse en aquella casa.

—Es usted mi ángel bueno, doña Flora—exclamó emocionado don Cristóbal.

—Era mi deber y nada más.

—El equipaje del hotel podré guardarlo aquí, ¿verdad?—preguntó don Cristóbal.

—Naturalmente. Menudo susto les darías si te presentabas allí con tanta maleta.

Y así quedó convenido de que al día siguiente don Cristóbal, gracias a las gestiones de doña Flora, podría hospedarse en casa de la señora Eugenia, cambiando de esta forma la suerte de aquellos tres seres que tanta dicha merecían por su bondad.

Otros tres seres también discutían al mismo tiempo en casa del notario don Narciso Pavón un asunto de trascendental importancia para ellos: Estos tres seres eran Carlota, Teodora y Marta.

Se habían reunido para la lectura del testamento de su hermana, y se hallaba también presente el albacea testamentario don Servando Cuenca, un leguleyo más redicho y pesado que una arroba de plomo, capaz de acabar con la paciencia del mismo Job si volviese a nacer de nuevo.

El notario, siguiendo las instrucciones que tenía, dió comienzo a la lectura del testamento, que disponía lo siguiente:

«Antes de morir quiero que conste mi arrepentimiento por el abandono en que tanto yo como mis

hermanas hemos dejado a nuestra sobrina Paloma, la que hemos permitido que ingresara en el hospicio, desoyendo las súplicas desesperadas de nuestra pobre hermana, que antes de morir nos pidió protección para su hija. Hemos sido excesivamente rígidas para con nuestra hermana, y yo, por mi parte, pido perdón a Dios por mi comportamiento, y para enmendar mi falta instituyo heredera universal de todos mis bienes a mi sobrina Paloma...»

Carlota, alarmada e indignada, no pudo contenerse e interrumpió la lectura del testamento exclamando:

—¿Quiere usted decir, señor notario, que no se ha equivocado usted al leer? Porque si eso dice, su última voluntad fué una idiotez.

El notario la miró severamente y exclamó con energía:

—He leído bien y no me interrumpa, porque estamos en un acto muy serio.

Siguió leyendo el testamento que decía a continuación:

«A mi sobrina Paloma, la que saldrá del Hospicio o casa donde estuviere recogida y pasará a vivir con mis hermanas...»

—Si sus hermanas quieren—exclamó Carlota.

—Calla Carlota—le dijo Marta,

para quien no tenía gran interés todo aquello.

—El as de bastos que tú decías, Carlota—comentó a su vez Teodora...

—¡Esto es una vergüenza!—gritó Carlota—. Sacrifíquese usted para esto por la familia... La herencia para la sobrina desconocida... Señor notario, cuando las últimas voluntades son idiotas, no deben recogerse... Yo le tenía a usted por un hombre serio.

—¡Señora!—exclamó indignado el notario.

—¡Idiota! Digo, señora—intervino el señor Cuenca—. Debe usted comprender que, a veces, por este, aquel o el otro motivo, las cosas, los pensamientos, las ideas pueden divagar...

—Aquí — exclamó Carlota cortándole la peroración — el único que está divagando es usted, señor albacea.

Marta creyó oportuno cortar la discusión y le dijo al notario:

—Siga usted, se lo suplico.

El notario continuó la lectura del testamento diciendo:

«Es mi deseo que mis hermanas se cuiden de dar a Paloma una esmerada instrucción y una educación cristiana, a las que nombro usufructarias de la fortuna de la niña has-

ta el día en que ésta contraiga matrimonio.

—¿Cómo?... ¿Cómo? — preguntó más amable Carlota, al ver que no todo estaba perdido—. Si mal no he comprendido, nosotras tendremos el usufructo de la fortuna, ¿verdad?

El albacea intervino nuevamente para dar rienda suelta a su elocuencia y le explicó:

—Usufructo, derecho de usar de la cosa o cosas ajenas aprovechándose de sus frutos, de sus utilidades y de sus ventajas.

—Señor Cuenca, que yo no he consultado el diccionario — exclamó Carlota.

Y volviéndose hacia el notario le preguntó:

—¿Y si Paloma no se casara?

—Ustedes tienen derecho a disfrutar ese usufructo mientras la chica permanezca soltera. Creo que está bien claro—respondió el notario.

Carlota cambió su mal humor por una sonrisa amabilísima y rogó a don Narciso:

—Siga usted, señor notario.

—En este otro sobre — volvió a decirles — se contienen las disposiciones que dictó su difunta hermana y vea usted la indicación que lleva escrita: «Suplemento a mi testamento. Este sobre será abierto y

su contenido leído a mis hermanas el día en que mi sobrina cumpla los diez y ocho años.»

—Y... ¿no nos puede usted anticipar de qué se trata?

—Las últimas voluntades son sagradas, señora. Aquí, el abogado, señor Cuenca, a quien su difunta hermana nombró albacea testamentario se encargó de averiguar que su sobrina cumple los diez y ocho años el 28 de septiembre próximo, y en esta fecha serán ustedes convocadas nuevamente y leído el texto íntegro de este suplemento.

Al mismo tiempo, don Cristóbal, siguiendo las instrucciones de su amiga, había llegado a casa de la señora Eugenia, quien le enseñaba la casa diciéndole:

—Aquí se hará todo lo posible para que esté bien. Yo he pasado unos días malucha, pero ya me voy reponiendo. Nuestro ajuar no puede ser más modesto, pero hay limpieza por dentro y por fuera.

—Pocas molestias pienso ocasionarles — respondió amablemente don Cristóbal, que puso en sus palabras toda su mayor amabilidad, con el deseo de ganarse la simpatía de la dueña—. Yo estoy poco en casa, tengo muchos asuntos. Mi único deseo es vivir en un ambiente de familia.

La señora Eugenia, ganada desde

un principio por el bondadoso carácter de don Cristóbal y confiada además por la persona que lo recomendaba, siguió diciéndole en tono amistoso:

—Usted sabrá perdonar a mis hijos si cometen alguna chiquillada... ¡Son tan criaturas!...

—Ya... ya tengo referencias por doña Flora de que son muy buenos —le dijo don Cristóbal, halagándola en lo que más podía hacer, que era en el cariño que sentía por ellos la señora Eugenia.

—¡Eso sí! — exclamó convencida la dueña de la casa y dispuesta a discutirlo con el que fuera capaz de llevarle la contraria—. Son dos ángeles. Claro que usted dirá, ¿qué va a decir una madre?

—Lo comprendo — volvió a decirle el huésped—. También sé que habrá que buscar algún empleo a Roberto. De eso quiero yo ocuparme en seguida.

—Dios se lo pagará — suspiró la señora Eugenia.

—Y de Paloma — insistió don Cristóbal—. Doña Flora me ha hecho grandes elogios.

—Es una vieja de diez y siete años — comentó con orgullo la señora Eugenia—; tan formalita, tan sensata... Ya le habrá a usted contado doña Flora la verdad de su existencia... Es hija de una señora

muy distinguida y de un artista... un pianista que dicen que fué muy célebre y que las abandonó a la madre y a la hija. Se portó como un perfecto canalla... ¡Corren unos hombres por el mundo!

Don Cristóbal bajó la vista al suelo al oír aquel comentario de la señora Eugenia y tan solamente se atrevió a preguntar con voz velada por la emoción:

—¿Paloma lo sabe?

—No se lo he dicho nunca—exclamó la dueña de la casa, tranquilizando a don Cristóbal—. Ella guarda muy buen recuerdo de su padre, y cree, como todos creemos, que murió en un naufragio.

Don Cristóbal, poseído todavía por la misma emoción que hacía unos instantes sentía, le preguntó:

—¿Quiero usted mucho a Paloma, verdad?

—¡Figúrese usted! — respondió la señora Eugenia—. Como si fuera mi propia hija. La defendería con las uñas y con los dientes contra quien quisiera arrebátarmela o quisiera hacerle algún daño.

—¿No tiene la chiquilla otros parientes?

—Unas tías, hermanas de su madre, que son unas brujas. Tacañas, con el corazón más duro que una roca, que no perdonaron nunca a su hermana menor que se casara en

contra de la voluntad de su familia. Yo fui una vez a suplicarles para que sacaran a Paloma del hospicio y no quisieron oírme, me echaron a cajas destempladas... Que vengan, que vengan, ya me entendería yo con ellas.

—¿Y tardará mucho Paloma en venir? — preguntó no sin cierta ansiedad don Cristóbal.

—Pronto estará aquí porque hoy no tiene clase de piano.

—¿Le gusta la música?

—¡Muchísimo! Eso por lo visto lo ha heredado de su padre.

—Pues como a mí también me encanta, mañana alquilaré un piano. No le diga usted nada que quiero darle una sorpresa.

Sonó el timbre de la puerta y la señora Eugenia se levantó rápidamente diciendo:

—Debe ser ella. Con permiso... Ya verá usted que guapísima es.

Y en efecto, no se engañó la señora Eugenia al asegurar que sería Paloma, puesto que minutos después aparecía ésta en el comedor y después de haberle sido presentada a don Cristóbal, le saludó diciéndole, con aquella sonrisa suya, que cautivaba los corazones más indiferentes:

—¡Buenas tardes! ¿Cómo está usted?

—Muy bien... ¿Y tú, pequeña?

—Muy bien, gracias — respondió don Cristóbal, comiéndose la materialmente con la mirada.

La señora Eugenia al advertir la buena impresión que había causado en su huésped preguntó con orgullo:

—Tengo una mujercita, ¿verdad?

—En efecto — respondió don Cristóbal, que hizo un esfuerzo para que sus palabras no delataran la emoción que experimentaba en aquel instante—. Una muchacha muy linda.

—Pues anda, hija mía, acompaña a don Cristóbal a su habitación y éntrole las maletas.

Paloma cogió una maleta, don Cristóbal otra y juntos entraron a la habitación que le había sido destinada. Dejaron los bártulos colocados en su sitio y don Cristóbal, poniéndole cariñosamente las manos sobre los hombros le dijo:

—¿Me parece que tú y yo vamos a ser muy buenos amigos, ¿verdad, Paloma?

Paloma sonrió afirmativamente, y don Cristóbal siguió diciéndole:

—Ven, siéntate aquí, a mi lado. Me tienes que contar muchas cosas de tu vida. Me tienes que decir si eres feliz... ¿Es muy buena contigo la señora Eugenia?

—Mucho. Porque quiso Dios, que

al no tener yo madre, lo fuera ella para mí.

—Sí que es triste, hija mía — respondió conmovido Cristóbal — porque como una madre no hay nada en el mundo... ¿Conservas en la memoria algún recuerdo de ella?

—Sólo recuerdo que lloraba mucho. Que estaba siempre triste, desde que murió papá.

—¿También murió tu padre? — preguntó casi sin fuerzas don Cristóbal.

Paloma, muy afectada por la conversación que sostenían y por los recuerdos que en ella despertaba, respondió:

—Murió siendo yo muy pequeña. De papá no me acuerdo nada. Murió en un naufragio. Se querían tanto, que poco tiempo después mi madre se moría de pena. Todos los días, la mejor rosa de mi puesto la pongo junto al retrato de ella... Era muy guapa... muy guapa... Voy a enseñarle una fotografía suya.

Se levantó para buscar el retrato de que hablaba, y don Cristóbal aprovechó aquella breve ausencia para secarse unas lágrimas que estaban a punto de resbalar por sus mejillas. Al poco rato entró Paloma llevando una fotografía de una mujer en cuyos brazos había una niña pequeña y se la enseñó diciéndole:

—Mírela usted... ¿Verdad que es

muy guapa? Yo rezo por los dos todas las noches, para que vaan que su hijita no los olvida.

Don Cristóbal no pudo contenerse más y la estrechó paternalmente entre sus brazos diciéndole:

—Tienes un corazón de oro, hija

mía. Has conseguido conmoverme.

Y desde aquel instante Paloma y don Cristóbal se sintieron tan unidos por un sentimiento tan extraño que para la pobre niña le pareció que una nueva existencia nacía para ella.

LA AMBICION DE LA VIEJA

L
 A lectura del testamento había dejado a las dos hermanas mayores verdaderamente anonadadas. Ellas se creían poder disfrutar de aquella herencia, y ahora les había fallado todas las esperanzas que tenían puestas en ella.

Carlota se paseaba nerviosamente por el saloncito de su casa, cuando hubieron regresado de casa del notario, y les decía a sus hermanas:

—¿Lo has visto, Esperanza? Para que vuelvas a dudar de las cartas. Salió el as de bastos y ya ves el chasco que nos ha dado nuestra hermanita.

—Lo que hizo nuestra hermana —respondió serenamente Marta— fué reparar una injusticia.

Carlota, indignada ante la respuesta de su hermana, exclamó:

—¿Qué diablos dices? ¿Pero serás capaz de disculparla?

—Claro que sí—insistió Marta.—Cuantas veces os dije que debía-

mos sacar a nuestra sobrina del Hospicio os poniais conmigo como unas fieras.

La indignación de Carlota subía por momentos y le respondió irónicamente:

—Sí, mujer, sí. Di que somos unas hienas y que la única que tiene aquí buenos sentimientos eres tú... Mira, no excites más mis nervios...

—Y a quien se diga que ni siquiera conocemos a nuestra sobrina...—comentó Marta.

—¡Ni maldita la falta que nos hace!—exclamó despectivamente Teodora—. Una muchacha que tendrá ahora unos 17 años y que, como haya salido a su madre, cualquiera la domina.

Don Servando Cuenca, que en calidad de albacea se hallaba con ellas, oía a las hermanas discutir, sin querer entrar en la conversación hasta que Carlota le dijo:

—Pero usted, señor albacea, o

E R A N T R E S H E R M A N A S



- ¿Se puede saber a
qué viene ahora ese fu-
turo?

Francisco Gargallo

Autor y director de
«Eran tres hermanas»
figura destacadísima de
la Cinematografía
Nacional



-No te atormentes
hijo, que yo no tengo
nadá.



- Cada día me disgusta
más que tengas que
hacer este trabajo.

E R A N T R E S H E R M A N A S



— ¡Qué alegría volver a
verle a Vd. aquí.



— Me parece que tu y
yo vamos a ser muy bue-
nos amigos



- Nosotras solo deseamos tu felicidad.



- Pero mi amor siempre me sigue.

ERAN TRES HERMANAS



Fue el momento más feliz de sus vidas.

-No sabes la alegría que nos has dado.



- Aquí tienes mi regalo
de boda.



Con más emoción que
nunca ejecutó la marcha
nupcial.



La pobre solterona se desvaneció en los brazos del señor Cuenco.



- Yo tengo mis negocios que no puedo abandonar.



Doña Leticia perdió el conocimiento al saber la noticia.



—¿Por qué no me ha dado esta alegría antes?

señor demonio, ¿es que no piensa abrir la boca en todo el día?

Cuenca, en vista de que no tenía más remedio que dar su opinión, comenzó diciéndoles con aquella parsimonia tan característica en él:

—Usted ya sabe que yo soy un hombre serio. No me gusta, no me gusta hablar cuando no se me escucha, ni me gusta darme importancia, aunque a veces hago algo que la tiene. Yo, señora, lo sé todo.

—¿Qué es lo que usted sabe?— preguntó rápidamente y extrañada Carlota—. Hable, por Dios, ¿No se da cuenta de que estamos impacientes?

—Claro, señor Cuenca... Cuéntenos lo que sepa.

Se hizo un gran silencio para oír lo que tenía que decir el albacea, quien, con una importancia como quien hubiera descubierto la cuadratura del círculo, comenzó diciéndoles:

—Yo, señoras, en mi calidad de albacea testamentario, he tenido también mis momentos de intranquilidad, porque si por A, o por B, o si por C, pongo por ejemplo, no se hubiera aclarado este o aquel o el otro concepto...

—Al grano, señor Cuenca, al grano—exclamó impaciente Carlota.

—Pues como les decía antes muy

bien dicho...—continuó el albacea.

—Sí, ya lo sabemos, ha hecho usted una gestión muy importante...

—Exactamente—respondió a la interrupción el señor Cuenca—. Yo pensé que si a lo mejor lo dejaba para hoy, o para mañana o para pasado mañana...

—¡Qué hombre!—exclamó Carlota sin poderse contener—. ¡Qué parsimonia! ¡Qué flema! Es como para tirarle un jarro a la cabeza... ¿Quiere usted reventar de una vez?

El señor Cuenca, sin alterarse por la impaciencia de la vieja, siguió diciéndoles en igual tono:

—Pues bien, sepan ustedes que yo he estado en el Hospicio...

—No sabíamos que era usted hospiciano—le interrumpió Teodora.

El señor Cuenca se la quedó mirando extrañado y en aquella mirada quería denotar la compasión que le merecía el poco talento de aquella mujer. Mas, sin molestarse, siguió diciéndoles:

—He estado en el Hospicio para informarme si estaba allí la niña o no. Claro que a veces lo aturden a uno, porque unos dicen que sí tal, otros que sí cual...

Carlota no se podía contener al ver la flema de aquel hombre y exclamó, dejándose llevar por los nervios:

—Es usted capaz de ponerle los

nervios de punta a la estatua de Isabel la Católica. ¿Quiere hacer el favor de hablar claro?

—¿Con más claridad de la que hablo?—preguntó extrañado el señor Cuenca—. En fin, procuraré complacerla. Estuve en el Hospicio, pero la niña ya no estaba allí, si bien me dieron una orientación, una pista, un rastro...

—¿Y usted se marcharía al rastro inmediatamente...?—preguntó Carlota.

—No, mi señora doña Carlota. Me quedé contemplando unos capiteles visigodos, porque a los visigodos los conceptúo yo como de la familia...

—Al asunto, mi querido señor Cuenca—le dijo doña Marta.

—¡Es insoportable!—exclamó Carlota, sintiendo que toda la sangre se le agolpaba a la cabeza.

—Pues bien, en el Hospicio me dieron unas señas, porque la niña había salido de allí hacia siete años. La prohibió un matrimonio. Un matrimonio se compone siempre, por regla general, de dos personas; pero cuando muere una de ellas, queda lo que se llama un matrimonio impar. De los que prohibieron a su sobrina murió el marido, pero vive su viuda, doña Eugenia, que tiene un hijo llamado Roberto. Con ellos vive Paloma, la hija de su difunta her-

mana, y ésta tiene un puesto de flores al lado del pórtico de la iglesia del Carmen.

—¿Es posible?—exclamó doña Marta recordando a Paloma.

—¿Está usted seguro, señor Cuenca?—preguntó Carlota, que también se acordó de que era aquella niña precisamente la que tantas veces había ido a la casa para aprender música.

El albacea al ver la cara de extrañeza de las tres mujeres, no pudo menos que preguntar, sorprendido también.

—Pero ¿qué les pasa a ustedes?

Carlota fué la que se atrevió a hablar, y con toda la ironía de que era capaz respondió:

—Pues que esa angelical criatura viene a esta casa todos los días...

¡Si Marta le está dando locciones de piano!... ¡Presentimientos de corazón!... ¡Si es un ángel a la que queremos aquí como si fuera una hija!

—Eso es, como si fuera una hija—afirmó su hermana Teodora, que era un eco de lo que decían las otras dos.

Marta echó una mirada fulminante a sus dos hermanas, sin poder comprender tanta hipocresía, y dijo a su vez, pero ella sinceramente:

—Eso es, sí señor, mis hermanas la quieren como si fuera una hija.

Y mientras que en casa de las

tres solteronas se hablaba de la forma de poder llevar a la casa a la pobre huérfana, en casa de ésta, don Cristóbal, que quería por todos los medios labrar la felicidad de aquellos seres, había preparado un viaje para Zaragoza, donde debía ir con Roberto, con el fin de que éste consiguiera un buen empleo.

El mismo día de la partida don Cristóbal tranquilizaba a su patrona por aquel viaje y le decía cariñosamente:

—Su hijo es un hombre inteligente y estoy seguro de que desempeñará a la perfección su cargo.

—Cuánto le debemos a usted, don Cristóbal—suspiró conmovida la pobre señora Eugenia.

—Esto no tiene nada de particular—respondió don Cristóbal, sin querer dar importancia a lo que hacía—. Estaremos en Zaragoza pocos días, allí quedará ya de acuerdo con sus jefes y volverá a Madrid para empezar a trabajar.

—Está loco de contento—comentó la madre del muchacho.

En aquel instante sonó el timbre, y la señora Eugenia reconociendo la llamada, exclamó:

—Ya tenemos aquí a Paloma... ¡Menuda sorpresa se va a llevar!

Y así fué, en efecto. Segundos después apareció Paloma llevando en el brazo su cesta de flores que

dejó sobre una silla y se acercó al grupo que hacían don Cristóbal y la señora Eugenia.

Al dejar el cesto había cogido una flor y se acercó a don Cristóbal para colocársela en el ojal, al mismo tiempo que le decía:

—¿Me permite usted, don Cristóbal?

—Gracias, Paloma—respondió conmovido don Cristóbal—. Es ya la segunda vez que tienes conmigo esta delicadeza y, como a mí me gusta corresponder, la señora Eugenia te dirá algo que te alegrará.

La señora Eugenia sonrió, pensando en la alegría que se iba a llevar la muchacha. Sacó una caja de cartón y de dentro de ella un par de medias de seda y unos zapatos de tacón alto. Al mismo tiempo que le entregaba aquel regalo de don Cristóbal le decía:

—Ya ves cómo ha adivinado tu deseo.

La muchacha se quedó extasiada contemplando el regalo y exclamó al fin:—¡Son preciosos!.. ¿Me los pruebo ahora?

Y ante un gesto afirmativo de la señora Eugenia, salió corriendo hacia su cuarto para probarse los zapatos, no sin que antes hubiera hecho una comparación mental entre los deteriorados que llevaba puestos y los que acababa de recibir.

Cuando desapareció la señora Eugenia, que tal vez sintiera más alegría que la misma Paloma, le dijo a don Cristóbal:

—¡Si supiera usted la ilusión con que ella esperaba poderse poner los primeros zapatos con tacón alto!... ¡Era ya una obsesión!... Se paraba ante todos los escaparates... Es usted demasiado generoso con nosotros, don Cristóbal... A veces me pregunto... ¿Por qué hará usted todo esto?

—No tiene importancia—replicó don Cristóbal—. He deseado tanto durante los últimos tiempos el calor de un hogar...

No pudo terminar de decir lo que deseaba en aquel momento, porque apareció Paloma andando con mucho cuidado para no caerse, y le interrumpió diciéndoles:

—Tengo que ir con tiento para no caerme... Pero no se rían ustedes, que pronto aprenderé.

Se levantó un poquito las faldas para que se pudiera ver el efecto que hacía calzada con aquellas medias y con aquellos zapatos y preguntó sonriendo coquetamente:

—Vamos a ver, ¿qué fallo da el jurado?

—El jurado te otorga el primer premio—respondió riendo también la señora Eugenia. ¿Verdad, don Cristóbal?

Don Cristóbal sonrió, y afirmando con la cabeza respondió a su vez:

—El premio consiste en un pequeño objeto que encontrarás en mi habitación.

—Sí, vea allí, que no te será difícil encontrarlo, porque salta a la vista.—le dijo la señora Eugenia.

Sin perder un instante y picada por la curiosidad, salió Paloma hacia el cuarto de don Cristóbal seguida, sin que ella lo supiera, de los otros dos. Al llegar al cuarto lo primero que vio fué un magnífico piano. Se acercó a él y como si no diera crédito a lo que veía, pasó sus manos por el teclado, se volvió y al ver a don Cristóbal se lanzó a su cuello abrazándole como si fuera su padre.

Don Cristóbal apenas si pudo ocultar su emoción y gracias a que ella se fué al piano nuevamente no vio unas lágrimas que se desprendían de los ojos de don Cristóbal.

—Gracias, don Cristóbal—le dijo Paloma—. Me parece un sueño todo esto. Es usted tan bueno que va a permitirme que lo primero que toque sea una canción que mi padre, que era un gran músico, dedicó a mi madre, en prueba del gran cariño que la tenía.

Paloma se puso a tocar y cantar aquella canción, sin darse cuenta de la profunda emoción que produ-

cía en su bienhechor, hasta que al terminar se volvió hacia él y le sorprendió llorando.

Corrió a su lado y le preguntó mimosamente:

—¿Qué es esto? ¿Llora usted?...

Lo comprendo... Es una música tan sentimental que más de una vez me ha hecho llorar a mí también... Pero si esto le ha de entristecer no lo toco más...

Don Cristóbal cogió paternalmente la cabeza de Paloma y la acarició como si fuera una chiquilla. Los sentimientos que albergaba en aquellos instantes su corazón no eran posible de explicar. Era una emoción como jamás la había experimentado en su vida, una emoción tan dulce y tan sincera, que no encontró más palabras que el de llamar a Paloma diciéndole:

—Paloma... ¡Cuánto bien me haces!

Y en aquellas palabras quiso condensar todo el amor que sentía por aquella criatura y que tan ajena estaba al inmenso cariño que por ella sentía.

* * *

EN casa de Marta, sus dos hermanas habían acordado, de conformidad con el albacea, ir a casa de la señora Eugenia y traerse a Paloma. La cláusula del testamento que de-

cía que en caso de casarse con un hombre que no tuviera fortuna sería motivo para la pérdida de la herencia, había hecho nacer en las dos hermanas una de aquellas ideas maquiavélicas, con la cual pensaban apropiarse de la herencia de la niña. Lo principal de todo, habían pensado, era no dejarla tener novio hasta no cerciorarse de que era pobre, ya que mientras tanto ellas podrían gozar del usufructo de la herencia. Y tal como lo pensaron lo pusieron en práctica. Confiaron a su hermana Marta el paso que iban a dar y cuando se disponía a ir a casa de la señora Eugenia, Marta les recomendó mucha cautela, a lo que le respondió Carlota:

—No te preocupes, que yo por las buenas o por las malas me traigo a esa niña. ¡Pues no faltaba más!

—Es que te temo, Carlota, te temo. Tú eres muy poco diplomática.

—Primero emplearé la persuasión, después la amenaza y si esto no basta, la violencia... Tú ya me conoces.

Marta movió la cabeza significativamente y exclamó suspirando:

—De memoria. Ten en cuenta que si la mujer que recogió a Paloma es la misma que un día vino a suplicarnos que la recogiésemos y tú la echaste con cajas destempla-

das, no sería de extrañar que ella emplease hoy contigo los mismos procedimientos.

Carlota miró sorprendida a su hermana. Le molestaba que la comparase con aquella mujer, tan de por bñjo a ella; según la consideraba y al fin exclamó:

—Yo soy una señora, Marta. Pero si hay que llegar al cuerpo a cuerpo, ya sabes que yo no me amilano.

—Bueno, basta ya de comentarios—terminó diciéndoles Marta—. Hasta que volváis estaré intranquila.

Marta se volvió a su otra hermana que esperaba órdenes y le dijo:

—Vámonos, Teodora, que ésta siempre parece que llame al mal tiempo... Yo voy en son de paz, pero si me obligan a sacar mi genio, lo saco... ¡ya lo creo que lo sacaré!

Cuando llegaron a casa de la señora Eugenia, ésta se hallaba en la puerta despidiendo al bombero, que le decía:

—Me voy a casa a descansar un rato, si es que me dejan, porque esta escalera parece un manicomio; cuando no llora un chico berrea otro, o cantan tres vecinos a la vez... Yo no sé cómo el huésped de usted lo aguanta.

—Porque es un alma de Dios... No se queja de nada.

—En cuanto a usted, ya la veo más templada—siguió diciéndole el bombero al darse cuenta del buen aspecto que presentaba la señora Eugenia.

—En cuanto una tiene un poco de tranquilidad, ya está... ¿Sabe usted que don Cristóbal y mi Roberto salieron anoche para Zaragoza? Ahora, como se va a colocar el chico, ya podremos ir saliendo de apuros... ¡Porque está la vida!...

—Dígamele usted a mí que apenas me da para vivir este oficio de bombero, y siempre exponiendo la vida en los incendios... ¡Estoy más quemao, señora Eugenia!...

En aquel instante llegaron las dos hermanas, y Marta se acercó a la dueña de la casa preguntando:

—¿La señora viuda de Sánchez?

—Servidora—respondió la señora Eugenia.

—¿Podríamos hablar con usted un momento a solas?—volvió a preguntar.

—Pasen ustedes.

Les franqueó el paso al mismo tiempo que se despedía del bombero diciéndole:

—Hasta después, don Timo.

Ella misma las condujo hasta el comedor, que era al mismo tiempo la sala de recibir, y les ofreció unas sillas diciéndoles:

—Tengan la bondad de sentarse

y ustedes dirán lo que se les ofrece.

—Habla tú—le dijo Carlota a su hermana.

Teodora, haciendo un verdadero esfuerzo, comenzó a decirle a lo que venían, preguntándole:

—Usted tiene recogida aquí a una joven que se llama Paloma, ¿verdad?

—Paloma es hija mía—respondió la señora Eugenia, que empezaba a acordarse de quiénes eran aquellas dos señoras—. ¿Qué pasa?

—¿Esta muchacha no vende flores en la puerta del Carmen?

Eugenia reconoció ya a aquellas dos tías de Paloma y, preparada para la batalla, que presentía, respondió:

—Sí, señoras... Pero preguntan ustedes más que el padrón.

—Entonces, esta muchacha no es hija suya—siguió diciéndole Teodora, mientras que Carlota hacía verdaderos esfuerzos para no intervenir todavía.

—Soy madre adoptiva, que es lo mismo. Bueno, ¿y quieren ustedes hacer el favor de presentarse?

—Somos dos señoras—exclamó Carlota.

—Hombre, de eso ni hablar—respondió con ironía Eugenia—. Al sexo masculino se le distingue en seguida, aunque a veces el bigote despista algo...

Carlota se dió cuenta de que la indirecta era por ella y dió un salto en la silla. De buena gana hubiera contestado, pero se contuvo, para ver de llevar su misión por las buenas, y Teodora siguió diciéndole:

—Pues verá usted. Nosotras somos dos tías carnales de Paloma, y...

—... y ya hace rato que me lo estaba figurando—exclamó la señora Eugenia—pero no podía creerlo, porque la verdad, es que han tardado ustedes un rato largo en dejarse ver.

Se levantó para indicarles que había dado por terminada la visita y les dijo:

—Cuando venga la chica ya le diré que sus queridísimas tías han estado a verla, que han tardado tantos años en venir porque estaban muy ocupadas y que dentro de diez o doce años más volverán por aquí... ¿No es eso?

Carlota, sin poderse contener ya por más tiempo, intervino en el mismo tono que la señora Eugenia, diciendo:

—No señora, no es eso. Nosotras venimos a buscar a nuestra sobrina, porque lleva nuestra sangre, porque estamos tan solas...

—Pues si están ustedes aburridas se compran un parchís, o una cotorra, o un mono. ¡Nos han fastidiado las sexagenarias éstas!

—No podemos permanecer por más tiempo sordas a la voz de la conciencia.

—Pues a mi me parece que va a ser mucho mejor que permanezcan ustedes sordas, porque si no me van a oír unas cuantas cosas desagradables.

Teodora intervino en tono reconciliativo y le dijo:

—Quisiéramos hablar en tono templado.

Eugenia se la quedó mirando y al fin, recordando todo cuanto había pasado entre ellas, le dijo:

—Usted, si mal no recuerdo, fué la que intentó echarme de su casa sin querer escucharme cuando fui a suplicarles amparo para la niña, antes de ingresarla en el hospicio...

—Ya le hemos dicho que reconocemos que entonces faltamos a nuestro deber.

—Entonces faltarían ustedes, pero ahora lo que están es sobrando... ¡Llevarse a la chica!... Pero vamos, si es que no sé cómo me contengo... Son muchas las lágrimas y las pesadumbres y las angustias que he pasado por ella.

La pobre mujer sentía que una pena infinita la ahogaba, y Carlota, creyendo que con dinero remediaría todo, le dijo:

—Le advierto que nosotras estamos dispuestas a indemnizarle to-

dos los gastos que haya tenido... A pagarle lo que sea.

La señora Eugenia sintió la indignación más grande de su vida al oír aquellas palabras que revelaban la falta de sentimientos de las dos mujeres, y exclamó:

—¿Pero es que se creen ustedes que los sentimientos y el cariño se compran con dinero?... ¡Basta, fuera de mi casa que ya no tenemos nada más que hablar!

La actitud de la señora Eugenia no admitía réplica alguna. Carlota se dió cuenta de que nada conseguirían de ella y se atrevió a decirle:

—Si usted se obstina en no reconocer nuestro derecho, no nos quedará más remedio que recurrir a la ley.

La señora Eugenia se echó a reír nerviosamente, y como si estuviera dispuesta a defender a Paloma contra todo el mundo, exclamó:

—Pero ¿es que se creen ustedes que voy a entregar una criatura en la que he puesto toda mi ternura de madre, a unas tías que por muy carnales que sean son unas tacañas y unas groseras y unas miserables?

Carlota, descompuesta ya por las palabras de la señora Eugenia, creyó oportuno responder en igual actitud y le contestó:

—¿No tiene usted educación! La

culpa la tenemos nosotras, que somos unas señoras, en venir aquí.

La señora Eugenia, descompuesta ya y sin poderse contener, les indicó la puerta al mismo tiempo que les decía:

—¡Fuera ahora mismo de mi casa!... ¡A la calle!... ¡A la calle!

Teodora sintió miedo ante la actitud de aquella mujer y corriendo hacia la puerta, una vez en ella se atrevió a decirle:

—¡Ordinaria!

Siguió la bronca en la escalera, y el pobre don Timoteo, que estaba durmiendo la siesta, tuvo que levantarse y salir como los demás vecinos a la escalera, pretendiendo poner orden y diciendo:

—¿Pero es que no se puede dormir la siesta en esta casa? Vamos, un poquito de orden... Parece esto el congreso de los diputados...

La señora Eugenia cerró de un portazo su casa y entró nerviosa diciéndose a sí misma:

—¡Aunque me hagan pedazos, yo no la dejo ir!

Al mismo tiempo el señor Cuenca procuraba tranquilizar a Marta, que aguardaba impaciente la vuelta de sus hermanas, y le decía:

—Está usted nerviosa, mi señora doña Marta.

—Es que hasta que no vuelvan no puedo estar tranquila. Mi her-

mana Carlota, con su carácter, no habrá conseguido nada y volverán sin la muchacha.

El señor Cuenca creyó oportuno razonar lo que iba a decir y comenzó su continua peroración diciéndole:—Claro, es lo que yo me digo, las palabras que se enredan, la una que dice que si fué, la otra que le contesta que si vino, que si por aquí o por acullá y en resumen que puede pasar una cosa o pasar otra, usted ya me entiende.

—Sí, sí—respondió Marta, dando muestras cada vez de mayor impaciencia—. Lo que va a suceder es que tendremos que ir usted y yo a deshacer el entuerto con discreción y tacto para conseguir nuestro propósito.

—Tal vez ellas lo hayan conseguido—se aventuró a decir el albacea.

El ruido que hizo la puerta de la casa al abrirse hizo que Marta detuviera al albacea en la nueva peroración que estaba dispuesto a largarle; y decirle:

—¡Ya están aquí!... Presiento la tragedia.

En efecto, segundos después entraban las dos hermanas y en sus ademanes se advertía el humor que llevaban.

Carlota, al ver al albacea, se dirigió a él y le dijo:

—Me alegro de encontrarle aquí, señor Cuenca, porque tenemos que hablar de cosas muy graves.

—Viene usted sofocadísima, doña Marta—le dijo en tono cariñoso.

—Y no es para menos—siguió diciéndole ella, mientras que se quitaba el sombrero—. ¡Qué berrinche! Hemos de presentar inmediatamente una demanda judicial, por retención ilegal de Paloma.

Marta, que era más tranquila que sus hermanas, trató de calmarla diciéndole:

—Cálmate, Carlota, y cuéntanos lo que ha ocurrido.

—¿Lo ocurrido? ¡Maldita sea mi suerte!... ¡Pero sí es que tendremos que ir todos a la cárcel!... ¡Todos!

Cuenca no era del mismo parecer. Él creía que no habiendo intervenido personalmente en aquel asunto no tenía por qué ir a la cárcel, por lo que se atrevió a decir:

—Hombre... Usted comprenderá que porque unos digan, dejen de decir o hablen demasiado...

—¡A usted también le meteremos en la cárcel!—exclamó Carlota—porque es usted inaguantable... ¡Qué hombre, Dios mío! ¡Qué aplomo! Aquí nadie sirve para nada y yo sola tengo que arreglar todas las cosas...

Se levantó enfurecida, y después de tirar algunos cacharros por el suelo, para dar rienda suelta a sus nervios, siguió diciendo:

—¡Si no fuera por mí!... Yo soy la que tengo que arreglarlo todo y yo soy la única también que se lleva todos los disgustos!

—Bueno, mujer, ya procuraremos arreglarlo—le dijo Marta.

Y procuró tranquilizar a su hermana, que en verdad no estaba en aquellos momentos para que nadie intentara siquiera contradecirla en lo más mínimo.

EL VIAJE A ZARAGOZA

COMO había dicho la señora Eugenia, don Cristóbal y Roberto se encontraban aquellos días en Zaragoza, arreglando el asunto de la colocación del muchacho. Los asuntos habían ido en Zaragoza admirablemente para los dos amigos, y cuando quedó todo resuelto don Cristóbal, sentado en un café, en compañía de Roberto, le decía a éste:

—Te has retrasado algo, Roberto.

—Perdóneme usted, don Cristóbal, pero al salir de la oficina me he entretenido en comprar esto.

Sacó del bolsillo un estuche y de él una cadenita y medalla del Pilar.

—Estará contenta Paloma, ¿verdad?—le preguntó con toda la ilusión propia de un enamorado.

Don Cristóbal contempló el regalo y le respondió:

—Ya lo creo... Es muy bonita.

—Si supiera usted la ilusión que tengo para poder comprar cosas a Paloma.

—¿Y para Flora no le compras

nada?—le preguntó don Cristóbal.

—¡Es verdad! Se me olvidó comprársela... Pero luego lo haré.

Don Cristóbal sonrió al ver la turbación del muchacho y le dijo:

—Ya veo que a ti Paloma te gusta más de la cuenta.

—Pues no crea usted... Todavía no hay nada entre los dos.

—¿De veras?—preguntó haciéndose el extrañado don Cristóbal.

—De veras—afirmó el muchacho.

—Hombre, celebro el saberlo, porque le he tomado mucho afecto a la muchacha y voy a buscarle un novio digno de ella.

Roberto se le quedó mirando, sin poder comprender lo que decía don Cristóbal, pues una cosa era que no existiese nada entre él y Paloma y otra que él llegase a permitir que ningún hombre le hiciera el amor. Y ante aquella respuesta de don Cristóbal expresó su extrañeza preguntando:

—¿Usted?

—Sí... porque Paloma ya no es una niña... Es una mujercita.

—Sí... desde luego—balbuceó el joven.

—Y ya te darías cuenta de lo que la hermosea el tipo y el cambio de peinado y el zapato con tacón alto.

—¿Que si me di cuenta?... Ya lo creo—respondió Roberto, recordando lo bonita que estaba Paloma vestida de aquella forma.

—Y con aquellos ojazos grandes que tiene, como dos...

—Como dos faros—terminó de decir Roberto.

—Eso es—confirmó don Cristóbal—. Y ahí está el peligro, Paloma de cada día está más bonita y estamos expuestos a que por su poca experiencia haga caso de las palabras que le diga el primer truhan que se le acerque.

—A Paloma no hay quien se le acerque sin que yo le rompa la cara—exclamó en tono amenazador y que no dejaba lugar a dudas Roberto—. Además, ella no le hace caso a nadie...

—...a nadie más que a ti, ¿verdad?

Roberto se creyó en el caso de decirle toda la verdad, y comenzó explicándole:

—Verá usted, don Cristóbal. Voy a confiarle un secreto... Paloma y yo... nos hemos prometido formalmente,

—Me parece muy bien—respondió Cristóbal.

—Mi desesperación era el no poder ganar el dinero suficiente para poderme casar con ella.

—Pero ahora ya es distinto—le dijo don Cristóbal—. Con el entusiasmo que tienes y un poco de suerte pronto te sacarás un sueldo envidiable.

—¡Y a usted se lo deberé todo!—exclamó conmovido Roberto—. Gracias a usted, mi pobre madre podrá cuidar su delicada salud y Paloma y yo podremos casarnos...

Don Cristóbal se dejó ganar también por aquella sincera emoción y estrechándole una mano al joven le preguntó:

—¿Quieres mucho a Paloma?

—Con toda mi alma. Hemos crecido juntos, la he visto hacerse mujer, y si usted supiera... en los momentos más difíciles, cuando mi madre ha estado más preocupada por los problemas económicos que hemos atravesado o por su enfermedad, ha sido siempre Paloma la que con su sonrisa, con la gracia natural que Dios le ha dado, la que nos ha traído un destello de esperanza y alegría.

Cuánto agradecía don Cristóbal aquellos elogios que Roberto hacía de Paloma, y tanto cariño veía en aquellas palabras que le animó:

—Bien, Roberto. Yo prometo ayudarte. Haré todos los posibles para que te cases con Paloma... Tú eres un muchacho bueno y digno de ella.

Y Roberto, esperando el día feliz del regreso a su casa para ver a su madre y a su novia, siguió desplegando en Zaragoza toda su actividad para crearse aquella posición que le hiciera merecedor al cariño de la joven.

Pero en Madrid las cosas se desarrollaban de distinta forma a cómo él las pudiera desear. Al día siguiente de la visita que Carlota hizo a la señora Eugenia, el señor Cuenca, acompañado de Marta, fueron a ver de nuevo a la señora Eugenia para convencerla de que dejase marchar a Paloma.

Marta, mucho más diplomática que su hermana, puesto que no se dejaba llevar exclusivamente por las miras egoístas de las otras, le decía a la señora Eugenia:

—Yo le ruego a usted que olvide la conversación que sostuvo con mis hermanas y que reflexione usted sobre lo que le digo. Usted quiere mucho a Paloma, ¿verdad?

—Por lo mismo que la quiero, les digo a ustedes que están perdiendo el tiempo.

—Mire usted, señora—intervino el albacea—, el tiempo es algo in-

definido y ambiguo. Para unos es esto... para otros es aquello.

La señora Eugenia, que ya había tenido que cargar algunas de las peroraciones del albacea, se volvió a él y le atajó diciéndole:

—No se moleste usted, porque yo, a usted, no le entiendo ni una palabra.

—Pero vamos a cuentas—insistió Marta de nuevo—. Si usted quiere mucho a Paloma, ¿por qué no la deja entrar en posesión de esa herencia que le ha dejado su tía Severa?

—Pero, ¿de qué herencia me está usted hablando?—preguntó, extrañada, la señora Eugenia.

—¿Es que mis hermanas no le dijeron a usted nada?—preguntó también extrañada Marta—. Hable usted, señor Cuenca, pero hable sin ambigüedades.

El pobre albacea comprendió que tenía que dejar para otro rato su gran erudición y le dijo simplemente:

—En síntesis le diré a usted que doña Severa Giménez ha dejado a su sobrina Paloma una herencia de más de medio millón de pesetas, en cuya posesión entrará el día que se case, que ha nombrado usufructuarias a sus tías, y que si la chica no quiere perder la herencia tiene que vivir con ellas.

—Esto ya es harina de otro costal—respondió la señora Eugenia, que no vió otra cosa que la felicidad de Paloma.

Por mucho que fuese su cariño ella no podía impedir que Paloma entrara en posesión de aquella fortuna. Quedó unos segundos meditando y al fin exclamó:

—Por ahí debían ustedes haber empezado.

Marta creyó que ya tenía la partida ganada. Mas la señora Eugenia, previendo que en casa de aquellas mujeres Paloma no estaría bien cuidada, volvió a rehusar diciéndoles:

—¡Ni por eso!... ¡Ni por medio millón ni por todo el oro del mundo puedo permitir que se le den malos tratos a la chiquilla!

—¿Malos tratos?—exclamó extrañada Marta—. Todo lo contrario. Debe usted saber que si mis hermanas tienen un carácter raro y agrio, yo, sin saber quién era Paloma, ya la había acogido en mi casa con el mayor afecto, dándole lecciones de música.

La señora Eugenia le miró asombrada. No podía dar crédito a lo que había oído y exclamó expresando toda su sorpresa.

—Pero... ¿usted es la señora de quien tantas veces me habló?

—La misma. Por dejar esta casa, que es para su bienestar y su feli-

cidad, no ha de perder el contacto con ustedes ni el cariño.

La señora Eugenia empezó a mostrarse más decidida a hacer aquel sacrificio y respondió enjugándose las lágrimas:

—Llevarse de aquí es arrancarme el corazón, pero si es para su bien, yo que la quiero como una madre, sabré también llegar al sacrificio...

Cuando al cabo de algunas horas Marta salió de casa de la señora Eugenia, se llevó el consentimiento de ésta de hacer que Paloma fuese a vivir a casa de sus tías.

La sorpresa de Paloma no fué pequeña cuando la señora Eugenia le contó todo lo que había pasado. La muchacha en principio se negó a abandonar la casa, pero ante los razonamientos de su madre adoptiva, terminó cediendo y poco después ya tenía arreglados los cuatro trapiños que tenía.

La señora Eugenia, haciendo un esfuerzo sobre ella misma, la animaba diciéndole:

—Allí vivirás como una princesa. Tu tía Marta me hizo muy buena impresión...

Paloma, sin poderse contener, se echó a llorar sobre los brazos de la señora Eugenia y le dijo sollozando:

—Madre... ¿usted quiere que me marche?

—¡No quiero, hija mía, no quiero! Pero tú no nos olvidarás, ¿verdad, Paloma? Yo sólo deseo que seas feliz, porque... el dinero no es que sea precisamente la felicidad, pero contribuye tanto a ella...

—¿Y para qué quiero yo el dinero?—exclamó Paloma—. Yo quiero vivir con ustedes, como hasta ahora, pasando juntos todas las penas y todas las alegrías... ¿Quién la cuidará a usted enferma? Usted es mi madre y será siempre mi madre... No tengo otra.

Por fin madre e hija consiguieron despedirse y Paloma se fué a casa de sus tías con la misma voluntad que un condenado entra en presidio.

EN casa de las tres solteras esperaban de un momento a otro la llegada de Paloma, y Marta y Teodora se ciudaban de arreglar el cuarto que había de ocupar su sobrina cuando llegase.

Mientras hacían la cama, Teodora le dijo a su hermana:

—Hoy Carlota está muy intriguada.

—¿Por qué?—preguntó su hermana.

—Porque las cartas le han presagiado un disgusto, una riña y luego le ha salido el as de bastos, que ya

sabes que quiere decir ¡estacazo que te crió!

—Nuestra hermana acabará en un manicomio—comentó Marta.

Se oyó el timbre de la puerta y Marta exclamó alegremente:

—Han llamado... Debe ser Paloma.

Fué a abrir, antes de que ninguna de sus hermanas pudiera hacerlo. Carlota, al ver que era Paloma la que llegaba, la recibió secamente diciéndole:

—Pasa.

—Buenos días, tía Carlota—le dijo la muchacha.

—Muy buenos días — respondió en el mismo tono Carlota, a la vez que le presentaba la mejilla para que la muchacha le diese un beso.

—No sabes la alegría que nos das.

Le cogió el bulto en el que llevaba sus ropas y la condujo a la habitación donde estaban sus hermanas, a quienes dijo:

—Ya está aquí nuestra queridísima sobrina.

—Muy buenas tardes—saludó la muchacha. Y al ver a Marta corrió a sus brazos exclamando:

—¡Tía Marta!

Las otras dos hermanas al ver la efusión con que la chiquilla abrazaba a su tía salieron del dormitorio y dejaron a las dos solas. La tía Marta fué la primera en hablarle,

para evitar la emoción que debía producirle el verse en una casa desconocida y la dijo cariñosamente:

—Mira, ésta será tu habitación: ¿te gusta?

—Mucho—respondió Paloma.

Marta la volvió a mirar otra vez amorosamente y volviendo a abrazarla siguió diciéndole:

—¿Quién podía imaginarse que tú, la muchachita buena en la que deposité todo mi afecto fueras mi sobrina y vinieras a vivir con nosotras?...

—Yo también estoy muy contenta de tenerla a usted—le dijo la muchacha—. Me da un poco de temor esta casa, tía Marta.

Su tía la acarició y para quitarle aquel miedo que parecía tener le dijo:

—No temas, que tú y yo sabremos defendernos contra el enemigo.

—¿El enemigo?

—Sí, mis hermanas.

A medida que hablaban iban sacando la ropa que había traído Paloma y colocándola en una especie de cómoda que había en la habitación, y la tía Marta encontró una carta que Roberto había escrito a Paloma cuando estaba aquél en Zaragoza, y le preguntó sonriendo comprensiva:

—¿Una carta?

Paloma bajó los ojos al suelo sin

atreverse a decir de quién era, y respondió:

—Sí...

—No hace falta que me digas de quién es... tus ojos te delatan... un novio, ¿verdad?

—Sí... Roberto, el hijo de la señora Eugenia — confesó Paloma—. Nos hemos criado juntos. ¡Si supiera usted cuánto me quiere!

—Si es un buen muchacho, me parece bien que tú también le quieras.

Paloma se quedó contemplando la carta que tenía en las manos y que le había devuelto su tía, y siguió explicándole:

—Es la primera vez que me ha escrito... me la envió desde Zaragoza, donde ha ido para que le proporcionen una buena colocación aquí en Madrid.

—Yo también recuerdo haberle visto alguna vez en tu puesto. Por cierto que tiene cara de buen chico. Mira, la carta y el retrato vamos a esconderlo en este libro. ¡Si mi hermana Carlota se enterase!...

—¿Ella no ha tenido nunca novio?

—Nunca. Esa es quizás la causa de su carácter agrio. Anda, ves al saloncito a verla y prepárate a recibir el primer sermón... Pero tú no le hagas caso.

Paloma, temerosa ante las pala-

bras que le había dicho su tía, se dirigió hacia el saloncito donde estaban las dos hermanas en unión del señor Cuenca. Al aparecer Paloma, Carlota se la presentó al albacea diciéndole:

—Aquí tiene usted a nuestra sobrina, señor Cuenca.

El albacea al ver la belleza de la muchacha no pudo contenerse y exclamó: —Muy agraciada, sí señora, agraciada.

Carlota le indicó con una seña donde podía sentarse y comenzó diciéndole:

—Siéntate aquí, Paloma, que tenemos que hablar contigo.

Paloma obedeció la orden y su tía siguió diciéndole:

—Ésta es una casa de gente distinguida, no el patio de vecindad de donde vienes. Aquí has de comportarte como una verdadera señorita. Como tú ya no eres ninguna niña, empezarás por cambiarte el peinado y quitarte las trenzas.

—Lo que usted mande, tía—respondió humildemente Paloma.

—Tú harás en esta casa, hija mía, lo que quieras, siempre que lo que tú quieras lo quiera yo también.

—Muy bien, Carlota—exclamó su hermana Teodora.

El señor Cuenca intervino también en el sermón y le dijo:

—Con esto, lo otro y lo de más allá, pueden ustedes vivir en una cordialidad efusiva y armónica.

—Siendo, como eres, una rica heredera, te saldrán novios a docenas... Tú no podrás tener más novio que el que yo te busque y... cuando tengas edad para ello.

—Atinadísima, ¿verdad, señor Cuenca?—exclamó Teodora.

—Como verás—siguió diciéndole su tía mayor—, en esta casa gozarás de una libertad absoluta, y como ya en tu semblante veo la satisfacción con que has acogido mis observaciones, dejo a tu tía Teodora el que te instruya en los quehaceres de la casa.

Paloma quedóse sola, después de aquel pequeño sermón, y comprendió que lo que su tía Marta le había dicho era verdad, que había de ponerse en guardia contra el enemigo, que en aquel caso eran sus tías y el albacea.

EN el comedor de la señora Eugenia, ésta, el bombero y su hija comentaban lo que había sucedido con Paloma, y el señor Timoteo decía:

—Parece cosa de sueño, ¿verdad, tú?

—Pa que luego digan de las novelas—comentó su hija—. Ya va

usted qué suerte la de Paloma.

—¡Ya... ya...! ¡De florista a millonaria!—dijo su padre.

—¡Ah!—exclamó la señora Eugenia—. Si no hubiese sido por la fortuna, ¡ni a tiros me la quitan!

—Si que pa usted ha sido un golpe en la nuca, señora Eugenia—le dijo el señor Timoteo, aprovechando una ausencia de su hija—. Y es lo que yo me digo, que ahora que se ha quedado usted sola, sería la ocasión de que me hiciera usted caso y de que diéramos una madre a esta pobre chica... ¡Y qué madre, Dios mío!

—Déjeme, señor Timoteo—exclamó la señora Eugenia—, que hoy no estoy yo pa tonterías.

Don Timo se convenció de que era picar en piedra dura y desistió de insistir acerca de la señora Eugenia.

Una hora después paraba un taxi en la puerta y de él descendían don Cristóbal y Roberto. Subieron precipitadamente la escalera y salió a abrirlos la señora Eugenia, que se abrazó a su hijo gritándole:

—¡Roberto, hijo mío!

—Ya nos tiene usted aquí—le respondió su hijo abrazándola.

—¿Qué tal, don Cristóbal?—preguntó la señora Eugenia—. ¿Cómo ha ido ese viaje?

—Todo ha salido a medida de

nuestros deseos—respondió don Cristóbal, mientras se dirigían hacia el comedor y se sentaban allí para charlar.

—Estoy muy contento, madre—empezó diciéndole Roberto—. Gracias a don Cristóbal, a quien nunca agradeceremos bastante lo que está haciendo por nosotros, ya tengo mi colocación y pronto seré un gran hombre de negocios.

—Mis amigos han quedado encantados con su hijo de usted—le dijo don Cristóbal—. Vaya, mientras que ustedes hablan, yo entro en mi habitación a cambiarme de ropa.

Cuando quedaron solos, Roberto sacó los regalos que traía para ellas y se los enseñó a su madre diciéndole:

—Mire usted lo que le he traído, una Virgen del Pilar. Esta medallita para doña Flora, y ésta, con su cadena y todo, para Paloma... ¿Cómo no está aquí?

La señora Eugenia comprendió que lo mejor era decirle a su hijo toda la verdad, por amarga que fuese, y decidida a ello le dijo:

—Verás, hijo mío... No sé cómo decírtelo, desde que os habéis ido han pasado aquí cosas tan grandes...

—Me alarma usted, madre... ¿Le ha sucedido algo a Paloma?

Don Cristóbal, que salía de su ha-

bitación, al oír que hablaban de Paloma, se quedó escuchando y oyó a la señora Eugenia que decía:

—Paloma ya no vive con nosotros.

—¿Que no vive con nosotros?— preguntó angustiado Roberto— ¿Qué dice usted?

—Han venido sus tías a buscarla y...

—¿Y usted ha sido capaz de dejarla marchar? Usted que decía quererla como una madre...

La señora Eugenia al ver la actitud de su hijo se echó a llorar y exclamó:

—No seas injusto conmigo, sin saber antes la causa por la que Paloma ha salido de aquí.

—¿Es ella la que nos ha abandonado?— preguntó extrañado Roberto...

—No. Escucha, hijo mío, escucha. La tía mayor de Paloma, al morir, y arrepentida en la hora de su muerte del abandono en que dejaron a la niña, la ha nombrado heredera de toda su fortuna... ¡Más de medio millón de pesetas!

Roberto se sintió desolado. Vela que todas sus ilusiones se venían por tierra y no pudo menos que comentar:

—¡El dinero!... ¡Siempre el dinero!

—Yo consulté con doña Flora an-

tes de dejarla marchar. La verdad es que no teníamos derecho a impedir su bienestar. Supe sacrificarme por bien de ella.

—¡Ahora sí que la he perdido para siempre! — exclamó casi llorando el muchacho.

—No lo creas—le animó su madre—. Eres injusto con ella. Paloma viene aquí todas las tardes. Te sigue queriendo.

—Pero es que yo quería a la muchachita humilde como yo—respondió Roberto—, a la señorita millonaria no me será permitido quererla.

—No seas loco—le dijo de nuevo su madre—. Ayer mismo me decía ella que o se casaba contigo o se metía monja.

Don Cristóbal que por aquella conversación había podido darse cuenta de cuánto era el cariño que sentían aquellos dos seres por Paloma, no pudo contenerse más y se acercó a ellos diciéndole a Roberto:

—Paloma no se hará monja porque tú te casarás con ella.

El muchacho al oír a don Cristóbal, sintió renacer otra vez en él la esperanza y en un apretón de manos le quiso decir todo el agradecimiento que por él sentía.

Fueron pasando los días, y Paloma no dejó de ir nunca a casa de la señora Eugenia. Casi siempre la

acompañaba Marta, quien después la recogía y juntas volvían otra vez a casa.

Durante aquellas ausencias las otras dos tías procuraban indagar en la habitación de Paloma todo cuanto ésta tenía, por el temor de que pudiera tener algún novio, que éste fuera rico y que la muchacha se casara, haciéndoles perder a ellas el usufructo de la herencia.

Un día fué Teodora la que por fin encontró la carta de Roberto, y le faltó tiempo para ir en busca de Carlota y enseñársela diciéndole:

—Prepárate a horrorizarte, Carlota. Mira lo que he encontrado en las páginas de un libro de Paloma.

Carlota leyó la carta y, apenas terminó su lectura, preguntó:

—¿Dónde está Paloma?

—En el saloncito de música.

Fué en su busca y le dijo áspereamente:

—Paloma, ven un momento.

La muchacha presintió que algo desagradable iba a ocurrirle y casi sin aliento se dirigió adonde estaban sus tías. Carlota la hizo sentar cerca de ella y mostrándole la carta le preguntó:

—¿Qué significa esto? De esta prueba irrefutable se desprende que tú tienes un novio clandestino?

—Yo le contaré a usted—empezó diciendo tímidamente la joven,

—No tienes nada que contarme—respondió su tía—. El otro día te advertí que no te permitiríamos más novio que el que nosotras te eligiéramos... ¿Por qué no me dijiste nada entonces?

—Porque no me dejó usted hablar. Todo se lo dijo usted, tía Carlota—respondió la muchacha algo más decidida.

—¡Tía demonios!—la interrumpió la solterona—. Eres una hipócrita y una desvergonzada... ¿Conque todavía me haces cargos a mí? Esta niña es de un temperamento peligrosísimo... Habrá que tener mucho cuidado con ella... ¡Si ya me lo daba el corazón que serías una bribona rebelde!

—¡Parece mentira que hagas eso con tus tías!—le dijo Teodora—. Mi hermana tiene razón.

—Al fin y al cabo has salido a tu madre.

Y enseñándole el retrato de Roberto, le preguntó:

—Este debe otro granuja como tu padre.

Paloma al oír insultar de aquella forma a sus padres, se sintió con fuerzas para revelarse ante tanta injusticia y protestó:

—No está bien que insulte usted a mis padres.

—Mira cómo los defiende—volvió a decir Carlota más excitada to-

davía—. Pero no faltaría más... No te saldrás con la tuya.

Rompió el retrato y continuó diciéndole:

—¿Ves lo que hago yo con esto?

Paloma no pudo contener el llanto, y su tía Teodora, sin sentir la menor compasión por el dolor de la muchacha, animó a su hermana diciéndole:

—Bien, que no quede ni rastro.

—¡Tú te callas!—le dijo su hermana, que no admitía que nadie se inmiscuyera en aquel asunto—. Esto significa que no quiero oír hablar más de este asunto. Conque, demos el incidente por terminado. Puedes retirarte.

Paloma se levantó para marcharse, y, una vez en su cuarto, se arrojó sobre su cama, con el retrato de su madre abrazado y llorando amargamente su desconsuelo.

Horas después Paloma se vestía para ir como todas las tardes a casa de la señora Eugenia, y su tía Marta, en vista de lo que tardaba, entró a buscarla y le preguntó:

—¿Pero aún no estás lista? ¿Cómo te cuesta tanto arreglarte hoy, chiquilla?

Y al verle los ojos que aún tenían las señales del llanto, le preguntó:

—Tienes los ojos de haber llorado... ¿Qué ha pasado?

—Nada—respondió Paloma, sin atreverse a hablar allí.

La tía Marta, convencida de que algo desagradable le había pasado a su sobrina, le puso las manos sobre los hombros al mismo tiempo que le decía cariñosamente:

—Tú has llorado y vas a decirme ahora mismo por qué.

Paloma ya había terminado de vestirse y cogiéndola del brazo le dijo:

—Vámonos, ya se lo contaré en la calle.

En la calle Paloma le refirió toda la escena que había tenido lugar con sus tías, y Marta terminó diciéndole:

—Tú no te disgustes, hija mía; no hagas caso de mis hermanas. Es triste reconocerlo, pero en su egoísmo no pueden ver la felicidad de los demás.

—¡Si viera usted qué nudo se me hizo en el corazón cuando vi que la tía Carlota hacía pedazos el retrato de Roberto!—comentó la chiquilla.

—¡Bah, no les hagas caso y prométeme que no le dirás nada a la señora Eugenia ni a su hijo!

—Se lo prometo, tía Marta—le contestó la muchacha, que hacía cuanto le decía su tía Marta, la única en quien había podido depositar su cariño en aquella casa, don-

de todo era seriedad y ridiculez.

—Ya me encargaré yo de pararle los pies a Carlota, porque has de saber que si tu verdadera madre no fué feliz en su matrimonio, la culpa la tuvo mi familia con su incomprensión y su intransigencia.

Llegaron cerca de la casa de la señora Eugenia, y Marta se despidió de ella diciéndole:

—Bueno, hija mía; aquí a las siete, y no me hagas esperar como ayer.

Paloma se dirigió a casa de la que siempre había considerado como madre suya y donde ya la esperaba, impaciente, Roberto, a quien su madre le decía:

—Es raro que no esté aquí ya. Es muy puntual todos los días.

—Pues ya ve usted qué hora es. Son las seis y cuarto... A lo mejor no viene.

—No seas impaciente—le dijo don Cristóbal—. No pienses mal de Paloma, que es un ángel. ¡Vendrá, ya lo creo que vendrá!

Y como si respondiese a las palabras y confianza de don Cristóbal, en aquel instante sonó el timbre y Roberto exclamó, presintiéndola en su corazón:

—¡Paloma!

Salió a su encuentro, y los dos jóvenes, al verse, se estrecharon amorosamente las manos diciendo-

le él al verla vestida de aquella forma:

—Casi no te conozco. Estás guapísima. Creí que no vendrías.

Ella le amenazó cariñosamente con un dedito, a la vez que le respondía:

—Por ese mal pensamiento que no merezco, debía castigarte marchándome sin hablarte siquiera.

—Perdóname—le suplicó Roberto—. Estaba tan impaciente después de tantos días...

—¡Qué alegría verle otra vez aquí, don Cristóbal—le dijo saludándole.

—Ya, ya me han contado, chiquilla—le respondió don Cristóbal.— ¡No sabes tú lo que yo me alegro!

—Pues yo no—se apresuró a decir Roberto—. Era mucho más feliz teniendo una novia humilde y pobre.

—Hasta que me enfado contigo—le amenazó de nuevo Paloma.

—Anda, dale el regalo que le has traído—le dijo su madre, para evitar aquella discusión entre los dos jóvenes.

—¿Un regalo?—preguntó Paloma palmoteando alegremente.

—Casi me avergüenzo de él—le dijo Roberto—. Para ti, hoy, esto es casi una miseria.

—Vale más que todas las cosas

del mundo, porque es el recuerdo de un enamorado — le dijo don Cristóbal.

Roberto sacó la medalla que entregó a Paloma, quien exclamó al verla:

—Es preciosa, La Virgen del Pilar. ¡Mi Virgen!

Don Cristóbal quiso hacer aun resaltar aquel valor de la medalla y le dijo:

—Fuímos a bendecirla, y yo no sé lo que podría Roberto a la Pilarica con la mayor devoción, pero me lo figuro. ¿Y tú te lo figuras también?

Roberto se puso de pie antes de que Paloma pudiera responder y les dijo:

—Paloma y yo vamos a dar una vuelta... Tenemos muchas cosas que contarnos.

Salieron los dos jóvenes y la señora Eugenia le dijo a don Cristóbal:

—¿Verdad, don Cristóbal que hacen una buena pareja? ¡Si consiguiéramos verlos unidos y felices!...

—¡Quién duda de que lo conseguiremos! — respondió don Cristóbal —. Se hará lo necesario para que así sea.

UNA CLAUSULA TESTAMENTARIA

ERA el día 28 de septiembre. En casa del notario se hallaban las tías de Paloma y el albacea para dar lectura a una de las cláusulas del testamento que indicaba que el sobre adjunto se abriera en esta fecha. Todos los asistentes prestaban atención a la lectura y el notario dió principio a ella diciendo:

«Al cumplir mi sobrina los 18 años, edad próxima a contraer matrimonio o por lo menos a adquirir compromisos formales encaminados a tal fin, dispongo: Primero: Que mi sobrina, con objeto de evitar un cazador de dotes, entre en posesión de la herencia el mismo día de su matrimonio, con la expresa condición de que el novio aporte a la boda, por lo menos, la mitad del valor de mis bienes. En caso contrario perderá todos los derechos a mi herencia, la cual pasará a manos de mis tres hermanas por partes iguales.»

Carlota quiso que aún le explicara mejor lo que decía aquella cláusula y le dijo al notario:

—A ver, a ver, que ese sobrecito me ha puesto muy nerviosa. En resumen, que si Paloma se casa con un hombre sin bienes de fortuna, la herencia pasará automáticamente a nuestras manos.

—Exacto, señora.

Carlota ya no necesitó saber más. Pensó inmediatamente en aquel novio que tenía su sobrina y que sería un medio eficaz para poderse apoderar de la herencia. Indudablemente, que dado el ambiente en que había vivido Paloma hasta entonces, su novio había de ser un muchacho sin fortuna alguna. Y pensando en ello, en cuanto llegó poco después a su casa, llamó a la muchacha a la que le dijo:

—Siéntate, hija mía, que hoy tenemos que comunicarte algo que ha de ser muy de tu agrado.

Paloma no podía sospechar de qué se trataba y esperó a que su tía siguiera diciéndole:

—Nosotras, aunque tú pienses lo contrario, solamente queremos tu felicidad.

—En efecto, es nuestro único deseo—dijo la tía Teodora.

—Yo con mi experiencia he comprendido que es un delito, un verdadero crimen, querer torcer los rumbos del corazón... El otro día, cuando encontramos aquella carta y aquel retrato fuimos injustas contigo.

Paloma sentía que el corazón le latía aceleradamente. ¿Sería posible que sus tías accedieran a sus relaciones con Roberto? Espero a que tía Carlota siguiera explicándole aquel cambio de criterio y ésta continuó diciéndole:

—Si aquel muchacho que tenía cara de bueno y honrado puede hacer tu felicidad, nosotras no sólo no nos oponemos, sino que vemos con simpatía tu elección para que te cases con él cuanto antes. Hemos tomado referencias del muchacho y no pueden ser más favorables.

Paloma sin poderse contener se echó en sus brazos, llorando de alegría, y exclamó: Tía, muchas gracias

—Suponemos que se trata de un muchacho de posición humilde, ¿verdad?

—Sí, es el hijo de la señora Eugenia.

Carlota suspiró más tranquila todavía, pero no obstante insistió:

—Sin bienes de fortuna.

—Ninguna—afirmó Paloma—; pero ahora tiene un buen empleo y un buen sueldo.

—Mucho mejor que no tenga fortuna, porque así no conocerá los vicios que llevan a nuestra juventud a la perdición, al abismo y a los infiernos.

—Son ustedes muy buenas conmigo—fué lo único que supo decir Paloma, creyendo de buena fe todo aquel cariño que parecía demostrarle sus tías.

Mas cuando aquella tarde Paloma estuvo en casa de la señora Eugenia ya había cambiado por completo de parecer en cuanto a lo que se refería a la bondad de sus dos tías. Su tía Marta le había puesto en antecedentes de todo, y la muchacha, en cuanto entró adonde la esperaban don Cristóbal en compañía de la señora Eugenia y de su hijo, les dijo:

—Me alegro de encontrar aquí a don Cristóbal, porque necesitaremos de su consejo. Mis tías Carlota y Teodora, que habían descubierto nuestras relaciones y se habían opuesto enérgicamente a ellas, hoy me han llamado. Tía Carlota, en un tono carísimísimo, me ha dicho que no pueden torcerse los rumbos del corazón, que ha averiguado que tú eres un gran muchacho, que nos queremos y que ellas no sólo no se oponen, sino que protegen nuestras relaciones y desean nuestra boda.

—No me fio yo nada de esa la-

gartona—replicó la señora Eugenia.

—A mí, la verdad—siguió diciendo Paloma—, al principio me conmovieron, pero después he visto que son dos hipócritas redemadas.

—Explicáte, que ya me lo figuraba yo—volvió a decir la señora Eugenia.

—Pues que tía Marta, que es mi confidente, al ver lo contenta que yo estaba, me preguntó la causa. Yo le expliqué la conversación que acababa de tener con tía Carlota, y cuál no sería mi sorpresa cuando en vez de alegrarse se pone muy seria y me contesta... ¿Y no te han dicho lo que te ocurrirá si te casas con Roberto?

Y entonces fué cuando me contó que esta mañana habían estado en casa del notario, que se abrió el sobre que contenía las últimas disposiciones de mi tía Severa y que éstas precisan que si el hombre que se ha de casar conmigo no aporta en el momento de la boda la mitad de mi fortuna, yo quedaré desheredada y la herencia pasará a poder de mis tías...

—Ahora se comprende—murmuró don Cristóbal.

—Yo, en vista de ello—continuó diciendo la joven—, ya he tomado mi resolución. Mandó a paseo la herencia, nos casamos cuando ustedes dispongan y viviremos como

deben vivir las gentes honradas y humildes, con el sueldo que tú ganes.

—Admirable—exclamó conmovido don Cristóbal—; no podía salir otra cosa de tu corazón.

Roberto intervino, después de haber oído a su novia, y le dijo:

—Mi parecer, Paloma, ya lo sabes. Ese dinero había venido a ensombrecer nuestros planes y tratar de destruir nuestra felicidad.

Pero la señora Eugenia, que era la que no se dejaba llevar por los primeros impulsos de su corazón, y que quería ante todo la felicidad de Paloma, le dijo:

—Tú eres la que has de resolver, hija mía. A nosotros no nos mueve más que un solo egoísmo: Tu dicha.

—Yo pienso lo que Paloma—insistió Roberto—. Y creo que lo que hay que hacer es no perder el tiempo, que usted, madre, nos dé su consentimiento y fijar la fecha de la boda antes que salga otra clausulita testamentaria.

—Eso, eso—exclamó alegremente Paloma.

—Don Cristóbal será nuestro padrino—dijo Roberto.

—Aceptado, y procuraré ser un padrino rumboso—dijo el buen hombre que apenas si podía contener su emoción—. Tú, Paloma, anúncialas a tus tías que se celebra-

rá la boda el día 15 del mes que viene, y puesto que ellas van a quedar dueñas de la herencia, ya se pueden hacer un ajuar espléndido.

Y tal como quedó acordado allí, se llevó a efecto. Las tías de Paloma dieron inmediatamente su conformidad, ya que pensaban que con aquel casamiento toda la herencia pasaba íntegra a sus manos. Para que no se sospechase de sus verdaderas intenciones se esmeraron en el ajuar de Paloma, y así llegó la fecha tan deseada por los dos jóvenes. Aquel día, en el que habían de unir para siempre sus vidas como ya lo estaban sus corazones.

Días antes al fijado para la boda de Paloma y Roberto, don Cristóbal preparó sus maletas para salir de viaje, y la señora Eugenia le preguntó extrañada:

—Pero ¿se marcha usted don Cristóbal?

—No tengo más remedio—respondió—. Un telegrama urgente, señora Eugenia... Tengo que salir inmediatamente de viaje. Mi abogado me reclama desde Bilbao. Parece ser que se me va a resolver favorablemente un pleito que tengo de alguna importancia.

—Entonces, ¿no estará usted aquí el día de la boda?

—Haré todo lo posible por estar de regreso. No obstante, hemos

convenido con mi amigo Casimiro para que él me represente en todos los actos que reclamen presencia.

—¿Si qué lo siento—exclamó suspirando la señora Eugenia.

—Yo también lo siento—respondió Cristóbal—. No sabe usted la ilusión que tenía por ver a Paloma vestida de novia; pero yo procuraré estar de vuelta... Ustedes, sobre todo, no alteren el orden de las ceremonias: a las 12 en la iglesia, a la una y media en casa del notario y a las 2 el banquete... Yo ya he hablado con Roberto y nos hemos puesto de acuerdo.

Y el día señalado para la ceremonia, a la hora indicada, entraron los dos novios. Paloma vestida con aquel traje blanco estaba más bellísima que nunca, y la única pena que tenía era la de que don Cristóbal no pudiera gozar de su dicha en aquel instante.

Sonó el órgano y nadie se dio cuenta de que el que lo tocaba era el propio don Cristóbal. El antiguo y célebre pianista Gabriel Robles, que quiso ocultar su verdadera personalidad ante el supuesto nombre de don Cristóbal. Imposible sería describir toda la emoción que en aquel instante sentía su corazón, y las notas del órgano parecían lágrimas que arrancasen de su propio corazón.

Cuando terminó la ceremonia se dirigió a casa del notario, donde estaba el albacea en representación de las tías de Paloma, los dos novios y demás testigos. Don Cristóbal, antes de ir a casa del notario, llamó a la tía Marta, que era la única que le conocía, y cuando ésta entró adonde él estaba y le vio quedó sorprendida exclamando:

—¡Gabriel!... ¡Tú aquí!

—¡No me descubras!—le suplicó él—. Por lo que más quieras, no me descubras, Marta. Para todo el mundo soy don Cristóbal.

—¿Hasta para tu propia hija?

—Ya lo has visto. He sufrido mucho, Marta. Cuando me marché a América la fortuna me favoreció. Soy inmensamente rico, Marta, pero con todo esto no he logrado la felicidad. Cuantos más éxitos conseguía más torturaba la conciencia al pensar en los seres que aquí dejé abandonados a su suerte.

—¡Pobre hermana mía!—suspiró Marta.

—Llegó un momento en que fué tan fuerte mi obsesión que habría llegado a enfermar si no me hubiese decidido a volver a España... Tenía verdadera ansia de reparar el mal que había causado...

—Un poco tarde ha sido, Gabriel—le reconvinó Marta.

—Lo sé, Marta. Y éste es el re-

mordimiento que me atormentará y acortará mis días. Pero quedaba Paloma y tuve la dicha de encontrarla. No sabes con cuánta alegría me enteré que ella ignora lo mal que me porté con su madre... Me cree un hombre bueno, Marta.

—¿Y ahora qué piensas hacer?—preguntó Marta.

—Después de la firma del acta notarial, desapareceré para siempre. Te he llamado porque siendo tú la única persona que podría reconocerme, no fueras a quitarme mi única ilusión... Que Paloma sea feliz y guarde siempre un buen recuerdo del padre que murió en el naufragio.

—¡Gabriel!—exclamó Marta, conmovida ante el sincero dolor de aquel hombre.

—No puedo más, Marta. Este castigo es superior a mis fuerzas. Tengo que irme en seguida porque a veces siento unos deseos incontenibles de estrecharla en mis brazos y gritar: ¡hija mía!... y no tengo derecho... no tengo derecho...

Mientras los dos cuñados hablaban, en el salón de fiestas donde tenía que celebrarse el banquete, después de la firma del acta notarial, Carlota pretendió entablar conversación con la señora Eugenia, y le dijo:

—Supongo que en un día como

hoy vamos a liquidar viejas rencillas y que en adelante seremos buenas amigas.

La señora Eugenia, al advertir toda la hipocresía de aquella mujer, no pudo contenerse y exclamó intencionadamente:

—No sé... ya veremos... porque es que circulan unos aires viciados y un poco putrefactos.

Carlota no se quiso dar por aludida y siguió diciéndole:

—Ya sabe usted... Nosotras hemos dado toda clase de facilidades para que Paloma se uniera a su hijo.

—Ahora deben estar en casa del notario—comentó Teodora.

Y en efecto, allí se encontraba en aquel momento, y el notario leía el acta que había extendido y que decía:

—... y ante mí comparecen los recién casados Roberto Sánchez Ojeda y Paloma Robles Giménez, sobrina carnal y presunta heredera de la difunta doña Severa, la cual declara que al efectuar el enlace con el citado Roberto, cumple con el párrafo...

Interrumpió la lectura y explicó:

—A continuación hay que poner si se cumple con el párrafo primero o con el segundo, de los que constan en las disposiciones que ustedes ya conocen, pero que les voy a leer de nuevo. «Párrafo primero:

que mi sobrina entre en posesión de la herencia el día de su matrimonio sólo en el caso de que el novio aporte a la boda por lo menos la mitad del importe de la herencia. Segundo: en caso contrario, Paloma perderá la herencia que pasará íntegramente a manos de mis tres hermanas, por partes iguales.»

Ustedes dirán si se trata del primero o del segundo párrafo.

—Del segundo, señor Notario—respondió rápidamente Paloma.

—Así es, ya que yo no tengo ninguna fortuna—dijo Roberto.

Entonces intervino don Cristóbal diciendo:

—Me parece que están ustedes en un error... Se trata del párrafo primero.

Todos miraron estupefactos a don Cristóbal, y Roberto exclamó:

—¿Del primero?

—Pues claro—volvió a decir don Cristóbal—. Vamos a ver... ¿A cuánto asciende la herencia, según el cálculo pericial que figura en el testamento?

—A seiscientos mil pesetas—respondió el notario.

—Entonces escriba usted—siguió don Cristóbal—: la cual declara que al efectuar el enlace matrimonial con el citado Roberto Sánchez cumple con el párrafo primero.

—Siendo así—le dijo el notario—sólo faltan las pruebas de que el joven posee ese capital.

Don Cristóbal se extrajo un cheque de la cartera y exclamó:

—Va usted a obtenerlas en seguida. Toma, Roberto, aquí tienes mi regalo de boda.

Roberto cogió el cheque y después de leer la cantidad en él consignada exclamó:

—¡Don Cristóbal!... ¿Es posible?

Entregó el cheque al notario, que leyó también la cantidad, y exclamó a su vez:

—¡Medio millón de pesetas!... ¡Les felicito, jóvenes! De esta forma pueden entrar ahora mismo en posesión de toda la herencia.

Doña Marta miró conmovida a don Cristóbal, y éste se acercó a Paloma para despedirse de ella, diciéndole:

—Paloma, he hecho un esfuerzo para llegar a tiempo, pero ahora tengo los minutos contados... Que seas muy feliz...

—¿Pero se marcha usted, don Cristóbal?—preguntó ella a punto de llorar.

—Eso no podemos consentirlo—exclamó Roberto, que también se había acercado.

—Es preciso, hijos míos—insistió don Cristóbal—. Paloma, ¿quieres darme un beso?

La muchacha se colgó de su cuello, besándole amorosamente, y cuando pudo evadirse del abrazo en que le tenía sujeto, estrechó la mano a doña Marta diciéndole:

—Señora, muchas gracias...

Salió de la estancia y Marta, que ya no pudo contenerse, cogió a Paloma y le dijo:

—¿Sabes quién es don Cristóbal? Es tu padre... No le dejes marchar.

Paloma no necesitó más para correr en busca de don Cristóbal; se puso delante de la puerta impidiéndole salir y le gritó:

—¡Padre!... ¡Padre!

—Hija mía—gritó él a su vez, sin poder contener su emoción.

—¿Adónde iba usted?... ¿Por qué no me ha dado esta alegría antes? Tanto como yo le quería a usted... ¿Verdad que no se marchará?

—¿Qué más quería él que no marcharse? Si lo hacía era precisamente porque temía no conseguir el perdón de su hija, pero ahora que ya lo tenía, le parecía que el cielo le abría sus puertas para poder presenciar la felicidad de aquel ser a quien tanto adoraba.

Ante el ruego de su hija, sonrió cariñosamente y estrechándola más fuerte contra su corazón le respondió:

—Ya no, hija mía. Ya no me se-

pararé jamás de ti... Siempre contigo, con vosotros... Pero no digáis nada a nadie hasta después del banquete.

Y en aquel abrazo, el más puro que pudieron darse dos seres, volvieron a encontrarse aquel padre que tanto había suspirado por su hija y aquella hija que tanto había llorado por su padre.

* * *

EN el hotel donde se celebraba el banquete de boda todo era alegría y algazara. Los convidados bebían y charlaban alegremente y las tías de Paloma, Teodora y Marta, habían colocado al pobre albacea entre ellas y le hacían objeto de todas sus zalamerías. Aquellas dos viejas, con el vapor de la bebida, parecían haber rejuvenecido y sentían el fuego de un amor perdido, que jamás sintieron en su juventud. El señor Cuenca, que las veía tan alegres, no se atrevía a decíles la verdad de cuanto había pasado y darles la noticia de que la herencia por la que tanto habían suspirado se había evaporado como humo que se lleva el viento, gracias a la prodigalidad de aquel padrino.

El pobre don Servando Cuenca aguantaba aquel chaparrón que se le había venido encima y huyendo de Teodora se acercó a Carlota que le dijo zalamera:

—Por Dios, Servando, no te acerques tanto que vamos a dar que decir.

El albacea la miró asombrado y exclamó para disculparse:

—Señora, que la caballerosidad no admite lo pecaminoso ni lo maldeciente, porque si unas personas u otras creyeran por A, o por B...

Carlota se echó casi materialmente sobre él al mismo tiempo que le decía:

—¡Ay, qué graciosísimo! ¡Ay, Servandito!, si no fuera por el rubor que me da te diría que estás como para raptarte, ¡so ladrón!

El pobre Cuenca veía, como se suele decir, las negras para zafarse de las dos viejas, mientras que el señor don Timoteo, que también había sido invitado a la boda, se creyó en el caso de echar un discurso sobre el régimen vegetariano y decía a los comensales:

—En nombre del vegetarianismo y del bomberismo y del romanticismo mi afectuosa felicitación para los dos tórtolos... ¡Vivan los novios!

Roberto levantó también su copa para brindar y dijo:

—Brindo por todos los que en este día están a nuestro lado para ofrecernos su afecto y por don Cristóbal, mi padrino de boda, deseando a todos los que se casen un padrino

tan noble y tan rumboso como él.

Carlota se acercó más aún al albacea y le preguntó:

—¿Pero ése padrino quién es?

El señor Cuenca sonrió maliciosamente y le respondió:

—No me atrevo a decírselo a usted porque temo que la alegría se nuble y los vapores se vayan a pique...

—No importa. Dígamelo. Hoy estamos optimistas.

—Y yo a su lado—le dijo Teodora—me siento la Venus Mitológica.

—Pues escuche, doña Venus—le dijo el albacea—. Este señor le ha hecho a Roberto un pequeño regalo... Medio millón de pesetas que acaba de entregar al notario en el momento de la firma del acta.

Carlota al oír aquello quedó como quien recibe un golpe en la cabeza y cayó desmayada en los brazos del señor Cuenca.

Teodora, que no había oído bien, le preguntó: —¿Qué ha dicho?

—Que el novio tiene medio millón de pesetas... Se quedan ustedes sin una gorda.

Teodora se desvaneció también, mientras todos creían que aquello era debido a los efectos del champán.

Los únicos que sabían la verdad eran don Cristóbal, su hija y Roberto, pero éstos eran tan felices en aquellos momentos que ni siquiera se fijaron en las dos hermanas. Paloma acariciaba dulcemente la mano de su padre, al mismo tiempo que éste, emocionado por aquel cariño, le decía:

—Paloma, hija mía... eres como «ella»... Una santa.

Y una lágrima se deslizó por las mejillas de aquel hombre, quien al fin de sus años había vuelto a recibir una felicidad que creyó perdida para siempre.

FIN

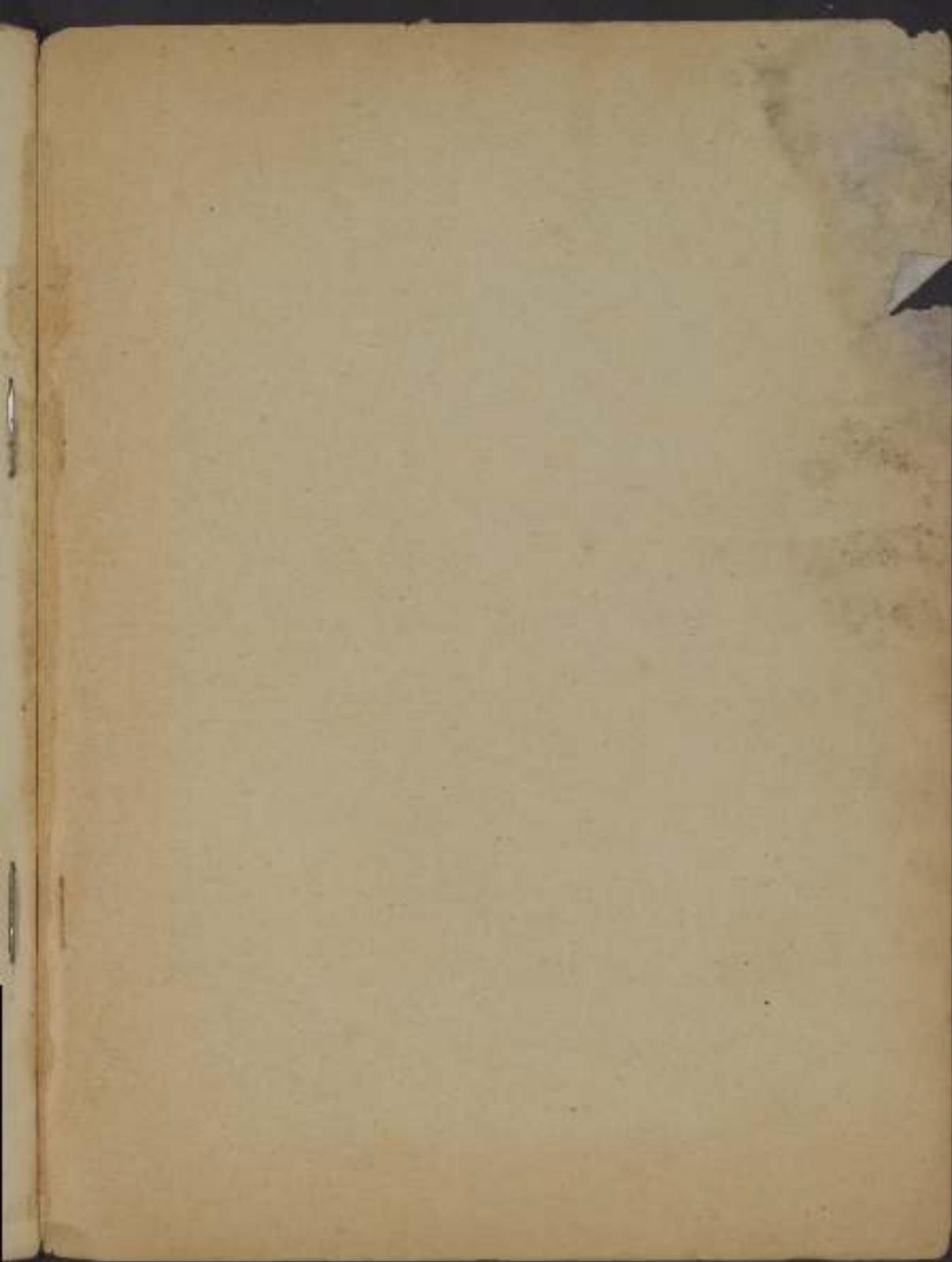
No pida usted una novela cinematográfica cualquiera

EXIJA SIEMPRE

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL

publicadas por **EDITORIAL ALAS** que es garantía de selección



L. G.

 editorial "alas"

2 Ptas.